



Universidad Nacional de Mar del Plata



Universidad de Buenos Aires



Università di Bologna



Universidad Nacional de General Sarmiento



Organización Internacional del Trabajo

*Red Académica para el Diálogo Social*

*“Estimación de la “deuda social de la pobreza” en la ciudad  
de Mar del Plata y análisis de sus interrelaciones  
con las condiciones laborales entendidas a partir  
del concepto de Trabajo Decente”*

MARCOS ESTEBAN GALLO

JUNIO, 2005

## INDICE

INTRODUCCIÓN.....	2
CONDICIONES DEL CONTEXTO.....	3
POBREZA E INSERCIÓN LABORAL COMO DIMENSIONES DE LA CUESTIÓN SOCIAL.....	7
EL TRABAJO DECENTE EN EL MARCO DE LA CUESTIÓN SOCIAL.....	11
ABORDAJE EMPÍRICO A LA CUESTIÓN DEL TRABAJO DECENTE.....	13
DISTINTAS PERSPECTIVAS EN LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA POBREZA.....	16
APROXIMACIÓN EMPÍRICA AL PROBLEMA DE LA POBREZA.....	24
Identificación.....	24
Agregación.....	27
Aspectos metodológicos referidos al presente trabajo.....	30
APROXIMACIÓN EMPÍRICA A LA REALIDAD SOCIOLABORAL EN EL AGLOMERADO MAR DEL PLATA-BATÁN.....	31
Análisis de la realidad local.....	31
Caracterización de los hogares pobres.....	32
Inserción laboral y pobreza.....	34
Deuda social e inserción laboral.....	36
CONCLUSIONES.....	40
ANEXO ESTADÍSTICO.....	43
BIBLIOGRAFÍA.....	52

## INTRODUCCIÓN

En la última década la cuestión laboral ha pasado a estar en el centro de las preocupaciones cotidianas de la mayor parte de la población. Para nadie esta cuestión es ajena. Para quienes se encuentran fuera del mercado de trabajo se ciernen posibilidades cada día más escasas de ingresar. Quienes poseen un trabajo en principio estable ven cómo esa estabilidad es puesta en duda y se ven obligados a trabajar más horas, en condiciones cada vez peores y a cambio de ingresos cada vez menores a fin de asirse a la endeble seguridad de su puesto de trabajo. Para una gran mayoría la crisis del empleo toma la forma de trabajos intermitentes, a tiempo parcial, escasamente remunerados y no registrados que tornan imposible la proyección de un futuro individual. En suma, lo que se vive es un profundo deterioro en las condiciones de trabajo que para muchas personas tiñe su vida de incertidumbre y va acompañado de un descenso significativo en su nivel de vida.

Estos fenómenos, potenciados y profundizados gradualmente por las reformas estructurales de los noventa, han alcanzado un pico histórico tras la caída de la Convertibilidad, con la exacerbación de los índices de desempleo y de la extensión y profundidad de los niveles de pobreza e indigencia. Estas problemáticas, que asumen dimensiones dramáticas a nivel nacional, aparecen agravadas en el aglomerado Mar del Plata - Batán en relación a los promedios del país debido, entre otras cosas, a características particulares de su estructura productiva. En este contexto, junto con la pobreza estructural convive un tipo de pobreza relativamente nuevo, asociado a los vaivenes coyunturales del mercado de trabajo y a la pérdida de poder adquisitivo de los hogares en los períodos de mayor desempleo, que afecta a amplios sectores medios de la población.

Estas tendencias ponen en evidencia cómo el mercado de trabajo ha perdido la capacidad de promover la inclusión social y de garantizar un piso de ingresos y de derechos sociales para la mayoría de los ciudadanos. Este proceso es lo que muchos diagnostican como el fin de la sociedad salarial, es decir, el conjunto de formas institucionales mediante las cuales el mercado laboral integraba los principales mecanismos de inserción social. Hoy es evidente que junto con la extensión de la inseguridad en el empleo y el desmoronamiento de las garantías asociados a él tiene lugar un proceso de fragmentación y polarización social que torna urgente el debate acerca de la reconstitución de los canales de inclusión social.

En tal sentido el concepto de Trabajo Decente adquiere especial relevancia, tanto como herramienta de análisis para abordar los aspectos laborales involucrados en los procesos de fragmentación y exclusión social, así como objetivo de política tendiente a

dotar al mercado de trabajo de los elementos esenciales que permitan erigirlo nuevamente en un genuino mecanismo de inclusión y promoción social.

La aspiración a dicho objetivo implica la necesidad de indagar acerca de la forma que asume la interrelación entre el deterioro en las condiciones de trabajo y en las modalidades de inserción laboral, y el descenso en el nivel de vida de gran parte de la población evidenciado por el aumento de los índices de pobreza e indigencia, así como por la creciente exclusión social.

En atención a lo antedicho, y considerando la gravedad que las problemáticas descritas han alcanzado en el aglomerado Mar del Plata - Batán, el presente trabajo tiene como objetivo estudiar el perfil que presenta la pobreza en dicho centro urbano, así como la vinculación de la misma con el comportamiento del mercado de trabajo. A fin de captar los efectos derivados de la crisis subsiguiente a la caída de la Convertibilidad, el análisis abarca el período comprendido entre octubre de 2001 e igual mes de 2002, entendiendo que dicho lapso constituye un momento de reconfiguración de los parámetros que definen la estructura socioeconómica.

Previamente y en consonancia con los objetivos de este estudio, se analizan los conceptos que son ejes de las cuestiones que se debaten, es decir, Trabajo Decente y pobreza, entendidos como dimensiones centrales e interrelacionadas en relación a los procesos de fragmentación y polarización social.

## **CONDICIONES DEL CONTEXTO**

Junto con la magnitud de las transformaciones y el cambio en las reglas de juego que trajeron consigo los años noventa, han pasado a primer plano problemas que históricamente estuvieron lejos de la agenda de prioridades de los argentinos.

Fue a partir de esta década que, junto con el crecimiento del PBI, se incrementaron también los niveles de pobreza e indigencia, y se exacerbó las problemáticas vinculadas al empleo, todo lo cual expresa una profunda fragmentación social que se evidencia en la desigualdad creciente y en el deterioro de la calidad de vida de una parte importante de la población.

Estas tendencias marcan la consolidación de un modelo económico y social cuyos orígenes se remontan a la última dictadura militar, cuya irrupción significó la clausura violenta del modelo sustitutivo de importaciones, y la desestructuración de un esquema productivo que hasta entonces había impreso una impronta inclusiva al desenvolvimiento de la sociedad argentina.

Este modelo de acumulación, vigente desde los años cuarenta, basaba sus posibilidades de expansión en el mercado interno, con lo cual requería mantener en

niveles relativamente elevados el consumo de los grupos asalariados. De este modo se promovía la inclusión progresiva de los sectores populares mediante la incorporación al empleo formal. Esta dinámica permitió mantener el mercado de trabajo funcionando en niveles próximos al pleno empleo durante períodos prolongados, en forma conjunta con muy bajos índices de pobreza. Así, en 1974 –año que marca la culminación de una década de crecimiento sostenido- se estima que la pobreza en el Gran Buenos Aires ascendía al 4,4%, y la indigencia al 1,7%, en tanto que los salarios alcanzaron un máximo histórico, con un desempleo casi inexistente (Palomino, 2003).

A partir de aquí se inicia un deterioro persistente en los indicadores sociales y laborales. Así, el período 1975-1990 se caracteriza por el estancamiento del PBI, la retracción de la inversión, la persistencia de elevadas tasas de inflación y desequilibrios fiscales significativos, y un crecimiento desmesurado de la deuda externa, que condicionaría irremisiblemente las posibilidades de desarrollo futuro.

Estas circunstancias impactaron negativamente en la demanda de trabajo, lo cual, sumado a las reformas institucionales impulsadas por el gobierno militar -las cuales propendían a la reducción del costo laboral-, produjo un profundo deterioro en las remuneraciones.

Durante este período las tasas de desempleo y subempleo se duplicaron, mientras que se estancó el crecimiento del empleo formal, fenómeno que estuvo acompañado por una expansión absoluta y relativa de los puestos inestables (Beccaria y López, 1995).

Por su parte, la evolución de la pobreza se muestra altamente sensible a la coyuntura económica –en lo que influye, sin duda, el particular método de medición de las líneas-, aunque exhibe una tendencia inequívocamente ascendente (Palomino, 2003). En el año 1989 alcanza un récord histórico propiciado por la situación hiperinflacionaria, la cual marca un punto de inflexión en lo que respecta al comportamiento de las principales variables económicas.

Con la asunción de un nuevo gobierno en los albores de los años noventa, se inicia en Argentina una profunda reestructuración económica, cuyos rasgos distintivos son la apertura de la economía, la privatización generalizada de las empresas del Estado y del sistema de previsión social, la liberalización y desregulación laboral, comercial y financiera, y el establecimiento de la paridad de la moneda nacional con respecto al dólar estadounidense. El éxito en el control de los recientes picos hiperinflacionarios contribuyó a generar el consenso social necesario para implementar un conjunto de reformas que, en términos históricos, significaba la consolidación del proceso iniciado con la dictadura militar.

Los primeros años que siguieron a la implementación del Plan de Convertibilidad se correspondieron con una fuerte expansión del producto, impulsada por la estabilización de las variables fundamentales, pero sobre todo, por la masiva entrada de capitales que tuvo lugar en esos años, con un escenario internacional favorable. Así, entre 1990 y 1994 el PBI creció a una tasa del 7,7% promedio anual (Lacabana et al., 1997). El éxito en el control de la inflación permitió mejorar el poder de compra de los salarios y reducir significativamente los niveles de pobreza en comparación con las cotas alcanzadas en 1989, aunque permanecieron muy por encima de los niveles registrados en los años setenta.

Por otra parte, aunque la economía creció, la situación del mercado de trabajo mostró un deterioro persistente, agravado durante las fases recesivas. Así, entre 1991 y 1993 el desempleo pasó del 6% al 9,3%, para dispararse a partir de 1994, en el marco de un contexto recesivo ocasionado por la reversión del flujo de capitales externos. Luego del pico alcanzado en 1995, el nivel de desempleo mostró una reducción significativa como consecuencia de la recuperación económica subsiguiente, pero permaneciendo muy por encima de los niveles registrados al inicio de la década. Es importante destacar además, que la creación de empleo que tuvo lugar a partir de 1996 correspondió mayormente a puestos de trabajo precarios y/o transitorios (Alegre, Lanari, López, 2001). Esto es particularmente significativo por cuanto ilustra cómo en las sucesivas etapas del ciclo económico se consolida el deterioro en las condiciones de trabajo, al destruirse empleos relativamente seguros en favor de la expansión de formas de inserción laboral endebles.

El incremento del desempleo y el subempleo acaecido a lo largo de la década tuvo como correlato una tendencia ascendente en los índices de pobreza, los cuales crecen de manera permanente a partir de 1998, como reflejo del proceso recesivo iniciado entonces, hasta alcanzar un nivel récord en octubre de 2002, con un 57,5% de las personas viviendo bajo la línea de pobreza.

Esta situación ilustra los efectos solapados de diferentes circunstancias circunscriptas a un largo proceso evolutivo, cuyos orígenes se remontan a los años setenta. El indicador registrado en 2002 reflejaría entonces, la superposición de tres fenómenos distintos, a saber (Palomino, 2003):

- a) una pobreza “antigua”, vinculada con diferencias estructurales de larga data, pero que afecta a una parte mínima de la población;
- b) una “nueva pobreza” relacionada con la desestructuración de las relaciones productivas y sociales acaecida en los últimos treinta años y profundizada durante los noventa. Esta “nueva pobreza” es la que en la última década afectó a buena parte de la clase media argentina, ahondando la brecha en

la distribución del ingreso, y finalmente;

- c) una “pobreza reciente” consistente en un proceso de pauperización absoluta desatado a fines de los noventa y exacerbado desde 2002, que además de extender masivamente la pobreza, incluye importantes procesos de desinstitucionalización.

En el primer caso se trata de un problema histórico vinculado con las migraciones internas y desde los países limítrofes hacia los centros urbanos, en especial Capital y conurbano. Manifestaciones típicas de esta “vieja pobreza” son las desigualdades rural-urbanas y regionales que se evidencian en los fuertes contrastes entre la región pampeana y el norte del país.

La segunda tendencia aparece asociada con la desarticulación del mercado de trabajo, generada a su vez por el proceso de desindustrialización y de desestructuración de las relaciones socioproductivas iniciado por la dictadura y profundizado durante los noventa. La “nueva pobreza” es esencialmente urbana y sus principales damnificados son amplios sectores de la clase media que ya no pueden sostener su nivel de ingresos frente a las nuevas reglas del juego económico. Este fenómeno es altamente significativo, en tanto da cuenta del proceso de centrifugación social que ha experimentado la Argentina en las últimas dos décadas.

El tercer fenómeno consiste en la profundización de la tendencia anterior a raíz de la recesión económica iniciada en 1999, y especialmente desde la crisis económica e institucional de 2001.

La secuencia hasta aquí descripta ilustra una situación mucho más compleja que la realidad inmediata que permiten ver los indicadores. La desestructuración del mercado de trabajo y los niveles de pobreza e indigencia son indicios elocuentes de una honda fragmentación social que se ha agravado sin pausa desde la clausura del modelo sustitutivo. Tanto la heteroginización de la fuerza laboral, cristalizada en el subempleo, el desempleo y la precariedad, como la creciente brecha entre ricos y pobres, expresan una honda fractura cuyas causas deben buscarse en el funcionamiento intrínseco del modelo de acumulación consolidado en los noventa, y que torna particularmente urgente el debate sobre la cuestión social.

La situación en la ciudad de Mar del Plata no escapa a esta realidad, la cual se ve agravada en muchos aspectos en comparación con el promedio del país. En efecto, las tendencias observadas en la década del '90 a nivel nacional, se presentaron con especial intensidad en esta ciudad debido tanto a su particular estructura productiva<sup>1</sup>,

---

<sup>1</sup> El análisis de la estructura productiva marplatense permite observar que el 76% del producto bruto geográfico (PBG) del partido de General Pueyrredon corresponde al sector servicios, dentro del cual el rubro más significativo lo constituyen las actividades inmobiliarias,

vinculada a su perfil turístico, como al retroceso de ciertos sectores claves de su economía, como son el textil y el pesquero.

El inicio de recuperación de estas industrias a partir de la devaluación del peso no repercutió de manera significativa en los indicadores globales del aglomerado Mar del Plata - Batán, afectados por el contexto recesivo y por la caída en el poder adquisitivo de las remuneraciones. Igualmente preocupante fue la evolución de la pobreza en la ciudad, la cual ha aumentado notablemente a raíz del deterioro en la calidad de vida y el nivel de ingresos de los sectores medios, los cuales han pasado a engrosar el grupo de los nuevos pobres.

Así, al igual que en el resto del país, se han multiplicado en Mar del Plata las manifestaciones de una fragmentación y una heterogeneización social, que en muchos casos pueden ser consideradas como ejemplos extremos de desafiliación.

## **POBREZA E INSERCIÓN LABORAL COMO DIMENSIONES DE LA CUESTIÓN SOCIAL**

Tanto la pobreza como las problemáticas vinculadas al mundo del trabajo aparecen como las manifestaciones más visibles a través de las cuales se consolida una sociedad fragmentada. No se trata sólo de que haya gente cuyos ingresos no le permiten acceder a un nivel de vida adecuado. Se trata de que hay gente que ve cortados, de manera a veces drástica, sus lazos de integración con los circuitos de producción y consumo. Y de otras tantas personas que ven cómo esa integración se torna endeble, inestable o intermitente. Esto es lo que lleva a poner en primer plano, no tanto al desempleo o a la pobreza como problemas en sí mismos, sino al modo en que la sociedad resuelve la cuestión de su cohesión, esto es, el modo en que la sociedad asegura que todos tengan un lugar en el tejido social, aún en la subordinación, y más aún, aunque sea en la pobreza.

Este es el problema al que comúnmente se hace referencia con el término, un tanto vago, de "cuestión social". Pero la vaguedad del término está en función de la amplitud de la problemática que abarca. La definición de Robert Castel da cuenta de la complejidad del asunto: "La cuestión social es una aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Es un desafío que interroga, pone de nuevo en cuestión la capacidad de una

---

seguido por el segmento integrado por comercio, hoteles y restaurantes, y las actividades relacionadas con el transporte. El sector secundario representa el 17% del PBG, mientras que al sector primario le corresponde el 7% (Atucha et al., 1998).



sociedad (lo que en términos políticos se denomina una nación) para existir como un conjunto vinculado por relaciones de interdependencia” (Castel, 1997).

La cuestión social es, ante todo, un conjunto enmarañado de problemas cuya comprensión no es tarea simple. De ahí que Castel hable de “enigma”. Al hacer referencia a ella se pretende advertir que el pobre es algo más que un pobre y el desocupado o el trabajador precario son algo más que tales cosas. Todos ellos son víctimas de fuerzas subyacentes que debilitan sus lazos con el conjunto social e impregnan de inseguridad sus vidas cotidianas; inseguridad en su condición laboral, inseguridad en la posibilidad de proveerse un sustento y una vivienda, inseguridad en cuanto a la probabilidad de dar a sus hijos una educación aceptable y de asegurarles un futuro mínimamente digno. También inseguridad física, por la deficiente cobertura sanitaria de la que son receptores, por las condiciones de trabajo cada vez más degradadas, por la probabilidad creciente de ser víctimas de la violencia delictiva.

Todos ellos son, en suma, víctimas de un proceso de centrifugación social que los coloca en situaciones de mayor fragilidad y torna cada vez más lejana la posibilidad de su integración social plena. Así es como puede caracterizarse a la cuestión social hoy en día; como un proceso de centrifugación social que esparce fragmentos diseminados e inconexos. No se trata de una fractura, sino más bien de una desintegración. Para quienes la padecen el proceso se vive como un deslizamiento inexorable hacia formas cada vez más precarias de vida, sin que alcancen los esfuerzos para evitar la caída.

En la desintegración las situaciones que se generan son múltiples y heterogéneas. El ejemplo paradigmático quizás sea la clase media empobrecida, cuya presencia contundente hizo necesario acuñar la categoría socioeconómica de “nuevo pobre”. Pero también la condición de quienes se encuentran en la periferia más externa de la sociedad es ahora más vulnerable que antes. Parafraseando a la terminología de la época, Jauretche denominaba a las villas miseria emergentes en las décadas del cuarenta y cincuenta “villa progreso” (Jauretche, 1974). Con este juego de palabras quería aludir a la dinámica inclusiva de la sociedad argentina de esos años. En efecto, si para el habitante de la capital, las condiciones en que se vivía en los barrios de emergencia eran deplorables, para el migrante proveniente del interior significaban una mejora considerable respecto a la situación padecida en su lugar de origen. Asimismo, explica Jauretche, la villa miseria era un lugar de paso, el lugar desde el cual el migrante interno recién llegado podría saltar a mejores condiciones de vida.

Hoy el proceso es exactamente inverso. En los barrios de emergencia se consolidan las estrategias de vida y reproducción de los fragmentos de sociedad que las fuerzas centrífugas han expulsado hacia la periferia más externa. Y lo que antes

eran esperanzas de progreso hoy es desesperación ante la perspectiva del abismo, perspectiva que no es ajena a un amplio espectro de sectores medios. De modo tal que “el problema actual no es sólo el que plantea la existencia de una ‘periferia precaria’ sino también el de la desestabilización de los estables” (Castel, 1997).

Es impropio hablar aquí de excluidos. El término, que quizás sea apropiado para describir las expresiones más extremas de la problemática, connota una idea que es ajena a la esencia del proceso, ya que en rigor, nadie está excluido de él. Mejor dicho, nadie está excluido de la sociedad; y lo que podría llamarse exclusión es el resultado de la misma dinámica que extiende la vulnerabilidad por los sectores medios, y que en el otro extremo, polariza la riqueza y el poder en una elite cada vez más concentrada.

Robert Castel (1997) propone, en cambio, el término *desafiliación*. Para este autor la exclusión hace referencia a una situación estática. Designa diferentes estados de privación sin aludir a los procesos que los generan. Remite, por otra parte, a un esquema dual que no refleja adecuadamente la heterogeneidad de situaciones posibles. La *desafiliación*, por el contrario, hace alusión a un continuo de posiciones que va de la integración plena a la desinserción social más absoluta pasando por diferentes estados de vulnerabilidad.

Es posible que la primera asociación intuitiva que surja al hablar de *desafiliación* sea la de ésta con la pobreza. Si embargo, considerar a la *desafiliación* en términos de pobreza puede ocultar la esencia del problema. Pobreza no es sinónimo de *desafiliación*, aunque ésta implique, entre otras cosas, una creciente inseguridad en la suficiencia y regularidad de los ingresos. Por el contrario, la *desafiliación* es un problema que abarca y excede al de la pobreza, y ésta última por su parte, no necesariamente implica un estado de *desafiliación*. Como explica Denis Merklen (1999) “pobre es el obrero de la década del ‘50 y el joven supernumerario de los suburbios de fin de siglo, pero uno se encuentra bien integrado mientras que el otro siente que no hay para él un lugar respetable en este mundo. Entre todos ellos sólo tienen en común el ingreso escaso; pero [...] entre todas estas figuras no hay casi nada en común, y los caminos de salida son distintos porque son distintos los marcos relacionales asociados a su condición”.

La *desafiliación* es, ante todo, un proceso que se da en varios planos. La pobreza es, sin duda, uno de ellos, pero definitivamente no es el único. La concreción de situaciones de *desafiliación* requiere de una fragmentación articulada entre los múltiples canales de inserción. Piénsese, por ejemplo, en el problema de la educación. A raíz de las reformas que reestructuraron el sistema educativo durante los años noventa, a la descentralización y desfinanciamiento de la educación pública, se sumó un avance de la educación privada que, mercado mediante, produjo la segmentación

del sistema educativo en una amplia gama de servicios de calidades diferenciales. Esto contribuye a trazar trayectorias educativas y profesionales diferenciadas y jerarquizadas, que estando condicionadas por el origen social de los alumnos, condicionarán también sus posibilidades futuras de promoción social.

Un proceso de heteroginización similar podemos observar en todas las áreas en que se desenvuelve la dinámica social. Así, algo parecido a lo que pasa con la educación, podemos observar con la salud, donde el sistema público aparece como la última opción ante una variada oferta sanitaria que el mercado ofrece al mejor postor.

Igualmente, el mercado de trabajo presenta una gran variedad de situaciones que van desde unos pocos puestos seguros, estables y bien remunerados, hasta una amplia diversidad de situaciones de precariedad, informalidad y subocupación, que se consolidan como modalidades laborales predominantes para una gran parte de la población.

A su vez, las diferentes áreas en las que tiene lugar el proceso de heteroginización se articulan entre sí, dando lugar a estratos diferenciados de afiliación-desafiliación donde la única movilidad social que se registra es hacia abajo. Así, el niño que nace en una familia pobre seguramente asistirá a una escuela pública deteriorada, donde recibirá una educación de mala calidad, y al egresar se empleará en un trabajo precario, insuficiente para satisfacer sus necesidades de subsistencia. Al carecer de obra social y al no poder acceder al sistema sanitario privado, deberá recurrir a un sistema de salud pública sobrecargado y desfinanciado donde recibirá una cobertura precaria e incompleta. De este modo el círculo de desafiliación se cierra sobre esta persona de una manera casi completa.

El deterioro general en las condiciones de vida que implica el proceso de desafiliación se encuentra estrechamente ligado al deterioro en las situaciones de empleo. Históricamente la inserción social y la expansión de los derechos sociales durante el siglo XX estuvieron asociadas a la posesión de un empleo formal y estable, el cual condicionaba tanto el acceso a un ingreso regular como a los beneficios de la seguridad social. Así, el eje en torno al cual se estructuraban los mecanismos de afiliación era inequívocamente el mercado de trabajo, lo cual fue posible en el contexto de la llamada sociedad salarial. Como explica Robert Castel (1997), una sociedad salarial es aquella donde no sólo la mayoría de los trabajadores son asalariados, sino además una sociedad crecientemente homogénea, donde predomina el pleno empleo, y donde el trabajo confiere una seguridad no necesariamente ligada a la propiedad. Es esta construcción histórica la que en Argentina permitió integrar a amplias capas de la población dentro de los parámetros de consumo requeridos por el modelo sustitutivo,

aunque en nuestro país la sociedad salarial nunca alcanzara la magnitud que presentó en los países europeos (Merklen, 1999).

A mediados de los setenta, la crisis del Estado de Bienestar y la clausura del modelo sustitutivo pusieron en entredicho a la centralidad del trabajo como integrador social. A partir de entonces, el deterioro progresivo en los indicadores laborales y los niveles de pobreza y desigualdad persistentemente crecientes constituyen emergentes claros de un proceso de fragmentación social que llega a un extremo inédito con la crisis de 2001/2002. En este contexto el mercado laboral adquiere un nuevo protagonismo, ahora como eje de los mecanismos expulsivos. Esto es así, no sólo porque la incidencia del desempleo y la intermitencia en el empleo prive a muchas personas de los soportes tradicionalmente ligados a una ocupación formal, sino que hoy, además se desmoronaron las seguridades anteriormente vinculadas al trabajo, fenómeno que se concretiza en el trabajo en negro, el trabajo precario, o en diferentes formas de empleo en el sector formal.

Si en la sociedad salarial distintas dimensiones de integración social se articulaban en torno al mercado de trabajo, hoy es a través de éste que la desafiliación social se consolida y retroalimenta en varios de sus planos. Así, “la desocupación aparece en el centro del proceso de la pobreza. Constituye un epicentro causal del mismo, pero al mismo tiempo se refuerza y alimenta [...] Los déficit nutricionales [...] inician el camino de las ‘desventajas competitivas’ de los pobres. Luego va a ser continuado por la destrucción de familias de escasos recursos, que los deja sin la principal fuente de protección y formación. A ello sigue la baja calidad de la educación a la que tienen acceso, su alta tasa de deserción de la misma, su marginación cultural que los aleja de información clave para conectarse con el mercado de trabajo. En esas condiciones, sus posibilidades de ingresar al sector formal de la economía son muy escasas. Efectivamente las tasas de desempleo de los hogares pobres duplican y hasta triplican las de los no pobres” (Kliksberg, 1996).

De este modo, el trabajo que anteriormente ofrecía garantías de integración mediante la estabilidad y el pleno empleo, hoy es la principal esfera a través de la cual se concretiza el deslizamiento hacia formas cada vez más severas de desafiliación, lo que es puesto en evidencia por una heteroginización creciente del mercado laboral, a la cual se asocia un deterioro general en las condiciones de vida.

## **EL TRABAJO DECENTE EN EL MARCO DE LA CUESTIÓN SOCIAL**

El carácter central que reviste la situación laboral en relación al conjunto de problemas vinculados con la cuestión social, hace que sea necesario referenciar la

fragmentación multiforme que experimenta el mercado de trabajo a un concepto que englobe las diferentes dimensiones involucradas en la consecución de un empleo que garantice una inserción social plena.

En tal sentido la Organización Internacional del Trabajo (OIT) acuñó el concepto de *Trabajo Decente*, entendiendo como tal a “todo trabajo asalariado, empresarial o por cuenta propia que tenga un carácter productivo y bien remunerado, es decir, que añada un valor a la dotación de riquezas o a los niveles de bienestar de la sociedad y que pueda permitir el logro de vida dignos. Se agrega como condición el hecho de que se ejerza en condiciones de libertad –libremente elegido- y no derivado de una imposición forzosa u obligada por circunstancias de esclavitud o privación de libertad, así como en condiciones de seguridad [...], con suficiente protección social y adecuadas condiciones y medio ambiente de trabajo; y en condiciones de equidad y dignidad humana en que se respeten efectivamente los derechos fundamentales en el trabajo” (ARPE, 2001).

Como se desprende de la definición precedente, el Trabajo Decente alude ante todo a un concepto multidimensional. Con él no se busca referir únicamente a condiciones de empleo específicas o a las circunstancias particulares en que se desempeñan las tareas laborales; se remite esencialmente a un conjunto de derechos que garantizan una adecuada inserción social a través del mercado de trabajo.

El Trabajo Decente en sentido amplio consiste no sólo en promover la creación de empleos satisfactorios y bien remunerados, sino que implica además propender a una sociedad equitativa y participativa, con efectiva vigencia de los derechos políticos y sociales. Tal es el espíritu expresado en los cuatro objetivos básicos y constitutivos de la OIT: efectiva aplicación de las normas internacionales del trabajo; mejoramiento de las condiciones de empleo e ingresos; ampliación de la protección social; y fortalecimiento del diálogo social (GrET, 2003).

Para la OIT el Trabajo Decente es tanto un objetivo a ser alcanzado como un marco referencial para el diseño de políticas. Así, para este organismo la promoción del Trabajo Decente responde a una “aspiración universal de las mujeres y hombres de todo el mundo y expresa sus esperanzas de obtener un trabajo productivo en condiciones de libertad, equidad, seguridad y dignidad humana” (Memoria del Director General a la 89ª Conferencia Internacional del Trabajo, 2001). Asimismo, la noción de Trabajo Decente se propone como “el prisma mediante el cual se analiza el comportamiento del empleo y las condiciones de trabajo, así como el contexto de las políticas que se proponen” (ARPE, 2001).

En este sentido, la noción de Trabajo Decente es útil también como herramienta analítica tendiente a estudiar las problemáticas laborales desde la perspectiva que

plantea el análisis de la cuestión social. En efecto, la multidimensionalidad del concepto lo torna propicio para abordar la compleja heterogeneidad de situaciones que surgen en el contexto de la fragmentación multiforme del mercado de trabajo antes aludida.

Así, el concepto de Trabajo Decente y su contraparte, el Déficit de Trabajo Decente, pueden constituir instrumentos valiosos para la evaluación de un amplio espectro de estados que van desde el empleo formal, a tiempo completo, por plazo indeterminado, bien remunerado y plenamente protegido por la legislación laboral, hasta el extremo opuesto de un desempleo duradero, que sería indicio de la pertenencia a un núcleo duro de desocupación, tal como lo plantean Beccaria y López (1995).

El Trabajo Decente así entendido puede ser considerado entonces, como el concepto que permite abordar el estudio de la dimensión laboral de la desafiliación social.

## **ABORDAJE EMPÍRICO A LA CUESTIÓN DEL TRABAJO DECENTE**

Las distintas fórmulas elaboradas para abordar empíricamente el concepto de Trabajo Decente parten de la combinación de indicadores globales que permiten evaluar las condiciones laborales desde una perspectiva agregada. Así, en los primeros estudios sobre el tema en América Latina se tomaron como referencia indicadores relativos al empleo –tasa de desocupación urbana, informalidad- a los ingresos –salario industrial, salario mínimo, etc.- y a la protección social –cobertura de seguridad social y número de horas trabajadas-. Con estos instrumentos se diseñó un índice que permite una aproximación a las condiciones de Trabajo Decente a nivel agregado para cada país.

En otros estudios se recurrió a indicadores que dan cuenta del acceso al empleo productivo y bien remunerado, de las condiciones de equidad y seguridad, y del trabajo en condiciones de dignidad humana y con goce de derechos. Las elaboraciones más recientes procuran construir indicadores que abarquen las cuatro dimensiones consideradas fundamentales por la OIT: el cumplimiento de las normas, la calidad del empleo, la protección social y el diálogo social (GrET, 2003).

Estas metodologías tienen en común la característica de que ofrecen una visión macro de la realidad que, de forma complementaria con otras variables, puede dar una medida integrada del grado de cohesión de una sociedad. Sin embargo, para contemplar situaciones concretas de desafiliación resulta conveniente abordar las problemáticas laborales a partir de las características que reviste cada puesto de

trabajo tomado individualmente. De este modo puede evaluarse el grado en que la dimensión laboral de la desafiliación afecta a personas y grupos particulares.

En este sentido, desde el GrET (2003) se ha propuesto un índice de Trabajo Decente que toma en consideración datos relativos a registración, remuneración, duración de la jornada laboral, vacaciones, estabilidad en el empleo y efectivo cumplimiento de las normas de seguridad e higiene, a partir de la focalización sobre casos individuales. Las distintas formas en que convergen las variables consideradas definen una serie de rangos en la que pueden ser ubicados los trabajadores en función de las condiciones que presentan sus puestos de trabajo, constituyéndose así una escala de gradación de Trabajo Decente.

En este trabajo se procura arribar a un esquema similar al descrito en el párrafo anterior, evaluando las condiciones de trabajo a través de los conceptos de informalidad y precariedad laboral, en conjunto con la condición de actividad. La primera de estas categorías analíticas hace referencia a una amplia gama de actividades productivas originadas por la existencia de un excedente estructural de fuerza de trabajo que, excluida de los puestos de alta productividad y alta inversión, se ve obligada a generar su propio empleo fuera del sector moderno de la economía (Palma, 1987). Tal es la postura del Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), según la cual se puede concebir al sector informal como parte de una única estructura productiva urbana de naturaleza heterogénea, al cual hay facilidad de acceso, cuya lógica responde a las necesidades de autogeneración de empleo de una parte significativa de la población económicamente activa, que no es contratada por los sectores más dinámicos de la economía.

Como fenómeno social complejo, la incidencia de la informalidad excede el ámbito estricto de la producción al interior de la unidad económica, y aparece estrechamente vinculada a las estrategias de supervivencia de las familias, y por supuesto, a las relaciones laborales y modalidades de trabajo a las que da lugar. De hecho, elementos como la baja calificación del trabajo, la elusión de la normativa laboral, el cuentapropismo o la importancia del trabajo familiar están en el centro del concepto, aunque lo que se busca definir son formas de producir antes que modos de trabajar.

En base a los datos proporcionados por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) puede efectuarse la demarcación empírica del sector informal recurriendo a la metodología propuesta por el PREALC, la cual parte de una serie de categorías ocupacionales, a saber: los patrones de microempresas, los asalariados empleados en las mismas, los trabajadores independientes no profesionales, y los trabajadores no remunerados que se desempeñan en establecimientos de sus familiares. En esta categorización se excluye expresamente al servicio doméstico, argumentando que si

bien, quienes se desempeñan en este sector forman parte del excedente estructural de fuerza de trabajo, los hogares que contratan este tipo de servicios no constituyen establecimientos económicos en el sentido de combinar factores productivos que asumen riesgos empresariales para obtener un beneficio (Pérez Sáinz, 1991). Considerando esta circunstancia, un hogar no es susceptible de ser clasificado como formal o informal, ya que en sí mismo no es una unidad productiva. Sin embargo, no puede obviarse el hecho de que, al igual que el Sector Informal Urbano, el servicio doméstico también opera como refugio para una parte de la fuerza laboral excedente, por lo que, al menos desde una perspectiva laboral, presenta ciertas analogías con los establecimientos informales.

La precariedad laboral, por su parte, hace referencia a la modalidad de contratación de los trabajadores asalariados y se vincula con el nivel de estabilidad o vulnerabilidad de la relación laboral. En este sentido, el concepto de precariedad laboral se diferencia del de informalidad, en tanto que este último relaciona las distintas formas de empleo con determinadas características de las unidades productivas. Por el contrario, las relaciones precarias se establecen con independencia del carácter formal o informal del establecimiento productivo (González, Lindenboim y Serino, 2000), dando lugar a "un continuo de precariedad laboral que incluye todos los segmentos del mercado de trabajo" (Lacabana, 1992).

En general, las distintas circunstancias que remiten al trabajo precario confluyen en tres elementos básicos: la inseguridad en el empleo, su temporalidad, y la ausencia de protección legal (González, Lindenboim y Serino, 2000).

La inseguridad en el empleo se vincula con la incertidumbre respecto a la continuidad de la relación laboral, cuya finalización puede ser decidida de forma unilateral y sin costos por el empleador. Esta circunstancia se relaciona con la ausencia de un vínculo contractual legal entre las partes, lo que a su vez condiciona el acceso a los beneficios propios del empleo regularizado, como vacaciones, aguinaldo, cobertura social, aportes jubilatorios, etc. En tanto que la temporalidad del empleo se refiere a trabajos regulados por contratos de duración limitada, y sobre los que no se tiene certeza acerca de su continuidad.

En base a lo anterior, *puede considerarse como empleo precario a aquel que no ofrece seguridad respecto a su continuidad y/o no está protegido por la legislación laboral.*

Sobre la base de la Encuesta Permanente de Hogares, una forma de detectar la falta de protección legal es la ausencia de aportes jubilatorios. En relación a la temporalidad del empleo, pueden considerarse como precarios aquellos casos en que



se declare alguna de las formas de relación laboral no permanente, es decir, trabajo temporario –por plazo fijo-, changa, o de duración desconocida –inestable-.

En cuanto a la condición de actividad, tanto la subocupación involuntaria –personas que trabajan menos de 35 horas semanales y desean trabajar más horas- como la desocupación, a través de los elevados niveles que registran desde mediados de la década del noventa, evidencian la incapacidad del mercado de trabajo para promover la integración social para el conjunto de la población.

Las tres categorías analíticas esbozadas engloban una serie de parámetros cuyo análisis resulta pertinente para el estudio del Trabajo Decente. Asimismo, la superposición de las distintas circunstancias implicadas en la precariedad, la informalidad y las diferentes situaciones referidas a la condición de actividad permite construir una escala con varios rangos de Trabajo Decente, procurando de este modo reflejar el grado de afiliación social de individuos y familias a través de su dimensión laboral.

## **DISTINTAS PERSPECTIVAS EN LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA POBREZA**

Como se ha mencionado con anterioridad, la dinámica subyacente en la interrelación entre las problemáticas laborales y la pobreza constituye un mecanismo central a través del cual se promueven y consolidan diversas situaciones de desafiliación social. En este marco la pobreza aparece quizás como la manifestación más ostensible de los procesos de fragmentación social, pero su sola consideración puede esconder la naturaleza del problema que se analiza cuando se habla de la cuestión social. En tal sentido, identificar el vínculo entre la pobreza como categoría analítica y el conjunto de problemas que se integran bajo el término de cuestión social hace necesario efectuar en primer lugar una breve revisión de los debates y reflexiones a los que el concepto de pobreza ha dado lugar.

Desde el punto de vista que sugiere el sentido común difícilmente pareciera que la idea de pobreza pudiera dar lugar a grandes discrepancias. La mayoría de la gente coincidirá en asociarla a situaciones de privación material o carencia que impiden la adecuada satisfacción de un conjunto de necesidades consideradas fundamentales en un momento histórico y en un contexto determinados.

Sin embargo, lo que para todos es claro en el lenguaje coloquial suele ser motivo de profundas controversias en el ámbito académico y científico. En parte debido al afán de precisión que ineludiblemente se requiere para hacer operativo un término en el análisis de un problemática específica, y en parte debido a la disputa ideológica que

habitualmente se esconde detrás de los argumentos científicos cuando hablamos de ciencias sociales.

En este sentido, el debate en torno a la pobreza no es una excepción. Por ejemplo Paul Spicker (1993) destaca once conceptos diferentes que pueden ser pertinentes en la interpretación de la idea de pobreza: necesidad, estándar de vida, insuficiencia de recursos, carencia de seguridad básica, falta de titularidades, privación múltiple, exclusión, desigualdad, clase, y padecimiento inaceptable. Todos estos conceptos están relacionados con la idea de pobreza, pero algunos claramente la exceden, algunos hacen referencia a parámetros de menor jerarquía en su definición e identificación, mientras que otros remiten a fenómenos vinculados pero distintos de la pobreza.

Para comenzar a trazar límites claros en torno al concepto de pobreza primero deben diferenciarse con el mayor rigor posible las dos etapas atinentes al estudio del fenómeno. En primer lugar debe responderse: ¿qué dimensiones, fenómenos o circunstancias definen una situación de pobreza? Segundo: ¿a través de qué variables es conveniente llevar a cabo la detección y medición de la pobreza? Lo anterior no es otra cosa que la distinción entre fenómeno e indicador, pero esta diferenciación a veces no aparece del todo clara en la bibliografía que aborda el tema.

En lo que sigue se intentará responder en primer lugar al primero de estos interrogantes, esto es ¿qué es lo que la pobreza es? Seguidamente se abordará la cuestión del tratamiento empírico del problema, es decir ¿sobre cuál de las múltiples variables a través de las cuales se exterioriza la pobreza es conveniente hacer foco a fin de efectuar su identificación y medición?

Siendo la pobreza una situación de privación o carencia que impide la adecuada satisfacción de ciertas necesidades, es lógico que la atención se centre primeramente en aquellas necesidades cuya satisfacción es esencial para la conservación de la vida. Tal es la idea que motiva al llamado enfoque biológico de la pobreza. Esta perspectiva fue esgrimida a principios del siglo XX por Sheebom Rowntree, quien definió una situación de pobreza primaria como aquella en la cual los ingresos resultan insuficientes para cubrir las necesidades básicas relacionadas con el mantenimiento de la eficiencia física.

El enfoque biológico de la pobreza ha sido atacado por diversos motivos. En primer lugar se han argüido diversas dificultades para tornar operativa la idea a través de la estimación de los requerimientos nutricionales mínimos, así como de la traducción de éstos en términos de alimentos requeridos (Sen, 1992). Estas críticas son sin duda pertinentes, pero apuntan principalmente a los problemas técnicos de captación y medición del fenómeno, y no hacen a la esencia del concepto. En cambio, el enfoque

biológico puede ser criticado por su estrecha perspectiva en la conceptualización de la pobreza. Es evidente que en el contexto de la complejidad y multiplicidad de posibilidades que ofrecen las sociedades modernas, el hecho de que una persona esté bien alimentada no basta para afirmar que dejó de ser pobre. Sin embargo, esto no es hacerle justicia al enfoque, ya que Rowntree habla claramente de “pobreza primaria”, refiriéndose a una situación que un siglo más tarde está lejos de ser erradicada en la mayoría de los países del mundo.

Quizás el aporte más valioso del enfoque biológico haya sido el establecer un punto de referencia universal, un umbral por debajo del cual no puede relativizarse el concepto de pobreza, ni temporal ni espacialmente. Esto es lo que Sen denomina “núcleo absolutista irreductible” de la pobreza (Sen, 1983); un punto de partida en torno al cual la idea de pobreza no puede remitirse a las costumbres o parámetros culturales prevalecientes en una sociedad en un momento histórico determinado, o a la estructura que presenta la distribución de la riqueza. Simplemente quien no tiene para comer es pobre, independientemente de las circunstancias externas.

Por obvia que pueda parecer la idea de un umbral irreductible como referente universal en la definición de la pobreza, desde las corrientes relativistas se ha hecho un considerable esfuerzo por soslayarla. Al respecto, considérese la siguiente frase de Peter Townsend (1985): “La pobreza puede ser definida de forma objetiva y aplicada consistentemente, *sólo en términos del concepto de privación relativa*<sup>2</sup> [...] Individuos, familias y grupos de la población pueden ser considerados en situación de pobreza cuando carecen de los recursos necesarios para obtener los tipos de dieta, participar en las actividades y tener las condiciones de vida y las amenidades que son comunes, o por lo menos largamente promovidas o aprobadas en las sociedades a las que pertenecen”. Así, la idea de privación relativa vincula a la pobreza con el estilo de vida predominante en una sociedad, no sólo en lo referente al consumo material, sino también en diversas dimensiones culturales e institucionales. Estos elementos varían en el transcurso del tiempo y de una sociedad a otra, por lo que se concibe a la pobreza como un concepto relativo, temporal y espacialmente. Al mismo tiempo que se concibe a la pobreza en relación a la compleja gama de parámetros económicos, culturales e institucionales que definen un estilo de vida socialmente determinado, se admite al nivel de ingreso como un indicador suficiente por sí solo para dar cuenta de la presencia de la pobreza. “Desde el enfoque de la privación relativa, se concibe un umbral de ingreso, de acuerdo con el tamaño y el tipo de familia, por debajo del cual el

---

<sup>2</sup> Cursivas propias

abandono o la exclusión de la membresía activa de la sociedad se acentúa en forma desproporcionada” (Townsend, 1993).

Quizás la crítica más importante que puede recaer sobre el enfoque de la privación relativa es que descarta implícitamente la posibilidad de una situación de miseria generalizada. Si la idea de pobreza relativa se lleva al extremo, se podría concluir en el absurdo de que en una comunidad donde el hambre y las enfermedades son el estilo de vida predominante –situación que está lejos de poder descartarse en el mundo de hoy- no habría pobres. Sobre esta cuestión hace hincapié Sen (1992) cuando sostiene que los informes sobre hambre y desnutrición se traducen por sí mismos en un diagnóstico de pobreza sin necesidad de hacer referencia a una situación relativa.

Por su parte, Sen ha intentado conciliar las controversias en torno a la relatividad de la pobreza a través de su enfoque de las capacidades. El enfoque propuesto por Sen consiste esencialmente en un análisis de los factores que intervienen en la concretización de un estándar de vida específico para un individuo dado. Este autor distingue básicamente entre “capacidades” y el término inglés “functionings”, que algunos autores han traducido como funcionamientos (Lo Vuolo et al., 1999) y otros como “realizaciones” (Boltvinik, 2003).

Las capacidades denotan fundamentalmente una potencialidad; definen el conjunto de posibilidades que se le abren a un individuo a partir del control de una dotación de recursos determinada.

A su vez, los recursos de los cuales dispone un individuo determinan los títulos –entitlements- que puede intercambiar. Estos títulos definen los derechos de que está investido un individuo sobre sus posesiones y determinan su vector de bienes alcanzables, esto es su conjunto de realizaciones posibles. Es entonces la estructura en la distribución social de los títulos lo que permite el estudio de la pobreza a partir de los vectores de bienes que las personas pueden alcanzar (Lo Vuolo et al., 1999).

Para comprender mejor este enfoque es útil recurrir al conocido ejemplo de la bicicleta que expone el propio Sen. Una bicicleta es un bien que reviste una serie de características, una de las cuales es servir como medio de transporte. El hecho de poseer una bicicleta otorga a una persona la capacidad de movilizarse de un modo en que no podría hacerlo si no contara con ella. Existe entonces una secuencia que va del bien –una bicicleta- a las características del bien –servir como medio de transporte-, de aquí a la capacidad –la posibilidad de movilizarse- y finaliza en la utilidad –la satisfacción que otorga el uso del bien- (Sen, 1983). La posesión y uso de la bicicleta constituye un punto en el vector de realizaciones efectivas del individuo.

Según Sen y Foster (1997), el enfoque de las capacidades puede usarse centrándose en las opciones que tiene una persona, las cuales están dadas por el conjunto de capacidades, o en la combinación de realizaciones efectivas, que constituyen el vector de realizaciones elegido.

Entre los bienes y las capacidades se plantea una relación de muchos a uno, dando lugar a una conceptualización absoluta de la pobreza en el espacio de las capacidades en correspondencia con una conceptualización relativa en el espacio de los bienes. Una bicicleta confiere a su propietario la capacidad de movilizarse; lo mismo hacen un caballo o un automóvil. Pero la medida en que cada uno de estos bienes puede ser útil dependerá de circunstancias externas. No es lo mismo trasladarse en el campo que en la ciudad, sobre una carretera o en campo abierto, etc.

De un modo en cierto sentido análogo al de Sen, Doyal y Gough (1991) en su libro *Teoría de las Necesidades Humanas* definen una secuencia de espacios o dimensiones cuyo eslabón último es la satisfacción de necesidades. El argumento central de su obra es la existencia de un núcleo de necesidades objetivas y universales, cuya satisfacción es una precondition para el logro de otras metas. Para los autores, las necesidades básicas fundamentales son la sobrevivencia física y la autonomía personal. Estas dos “son las precondiciones de cualquier acción individual en toda cultura, por lo que constituyen las necesidades humanas más básicas: aquellas que deben satisfacerse en algún grado antes de que los actores puedan en realidad participar en su forma de vida buscando alcanzar otras metas” (Doyal y Gough, 1991).

Las necesidades aparecen diferenciadas de los deseos en el sentido de que la satisfacción de aquéllas se asocia a la prevención o protección frente a un daño eventual, independientemente de las preferencias del individuo. Una persona puede desear algo que no necesita o necesitar algo que no desea o incluso algo que no sabe que existe. Una necesidad entonces, implica un requerimiento forzoso, una precondition que de no satisfacerse repercute necesariamente en consecuencias negativas.

Por otra parte los autores distinguen entre necesidades y satisfactores. Éstos son los bienes, actividades, servicios y relaciones útiles para la satisfacción de las necesidades básicas. A su vez, los satisfactores revisten determinadas características las cuales se definen como las propiedades de los objetos, actividades y relaciones que mejoran la salud física y la autonomía en todas las culturas. La salud física interviene aquí como una dimensión que abarca y supera a la necesidad de supervivencia. Estas características reciben el nombre de necesidades intermedias, y a partir de ellas los autores elaboran una lista de metas derivadas o de segundo orden

cuya realización sería un requisito necesario para alcanzar la salud física y la autonomía.

Las necesidades intermedias propuestas son las siguientes: 1) comida nutritiva y agua limpia; 2) vivienda protectora; 3) medio de trabajo no dañino; 4) medio ambiente no perjudicial; 5) adecuada atención de la salud; 6) seguridad en la niñez; 7) relaciones primarias significativas; 8) seguridad física; 9) seguridad económica; 10) educación apropiada, y 11) control natal y partos seguros. Para Doyal y Gough, los fundamentos teóricos que subyacen en esta lista permitirían respaldar su pretensión de universalidad; para ellos estas metas son las que concurren en la satisfacción de la salud física y la autonomía en todas las culturas.

El carácter absoluto e irreductible que los autores atribuyen al conjunto de necesidades intermedias por ellos propuesto recuerda lejanamente al enfoque biológico de Rowntree. En ambos casos se presume la existencia de un umbral mínimo por debajo del cual no podría caerse sin experimentar un perjuicio significativo. Aunque aquí el piso propuesto es mucho más alto y elaborado que en el enfoque biológico.

Por otra parte, Doyal y Gough establecen una secuencia de espacios que se inicia en los satisfactores, pasa por las características de los satisfactores o necesidades intermedias, y concluye en la satisfacción de las necesidades básicas. Al leer esta serie inmediatamente surge la tentación de establecer paralelismos con la secuencia elaborada por Sen, aunque ciertamente los conceptos empleados en el enfoque de las capacidades no son enteramente asimilables a los utilizados por la teoría de las necesidades humanas.

La analogía con el enfoque de Sen aparece mejor fundamentada si se atiende al hecho de que, así como para este autor la pobreza es absoluta en el espacio de las capacidades y relativa en el espacio de los bienes, para Doyal y Gough las necesidades básicas son universales, en tanto que los satisfactores son generalmente relativos. Aunque también debe recordarse aquí que el concepto de capacidades es enteramente disímil al de necesidades básicas.

No obstante, es posible afirmar que entre estos dos enfoques existe una similitud esencial: los dos conceptualizan la pobreza como una situación de privación material a la que describen mediante la descomposición de una cadena de medios-fines que conduce al logro de un determinado objetivo.

Pero esta descomposición no resuelve satisfactoriamente el problema de la relatividad de la pobreza. Afirmar, como lo hacen Doyal y Gough, que las necesidades son universales, es una premisa que sólo puede sostenerse en la medida en que esas necesidades sean básicas.

Por otra parte, decir que la pobreza es relativa en el espacio de los bienes y absoluta en el espacio de las capacidades es, por lo menos, una afirmación exagerada. Volviendo al ejemplo de la capacidad de trasladarse, ¿es lo mismo trasladarse en bicicleta que en un automóvil a 100 kilómetros por hora? O dicho de otro modo, ¿un automóvil dota a un individuo de la misma capacidad que un avión capaz de cruzar el Atlántico a 800 kilómetros por hora? Ciertamente no. Entre los bienes y las capacidades sólo hay distintos grados de especificidad, pero en modo alguno puede decirse que éstas sean absolutas. Lo que sucede es que tanto las capacidades como las necesidades son, en buena medida, creadas por los bienes y servicios destinadas a satisfacerlas.

La cuestión de los aspectos absolutos y relativos de la pobreza puede abordarse desde otro punto de vista. En primer lugar, parece ser bastante lógico admitir la relatividad de la pobreza en términos históricos. Es obvio que, medido según los parámetros actuales, cualquier persona considerada de clase media goza de un nivel de vida superior al de un noble medieval. Pero esta comparación carece de sentido. Distintos estándares de vida sólo pueden cotejarse en términos históricamente equiparables, es decir, teniendo en cuenta las posibilidades que ofrecen la tecnología y los medios disponibles en determinado momento histórico.

Más complicado es argumentar a favor de una relatividad espacial de la pobreza. Primeramente porque si, como afirmaba Bertrand Russell hace ya unas cuantas décadas, los métodos de producción modernos nos han dado la posibilidad de gozar de un bienestar generalizado, es difícil justificar por qué distintos individuos deben disfrutar de ese bienestar en forma diferenciada en función de la sociedad a la cual pertenecen. Más aún, si se tiene en cuenta que, dados los elevados niveles de integración internacional de los flujos comerciales, financieros y tecnológicos, hay elementos para suponer que la evolución de la pobreza en el mundo responde más al funcionamiento de lo que Wallerstein (1997) denomina economía-mundo, antes que a los aciertos o errores de las gestiones locales o nacionales, las cuales por otra parte, ven seriamente limitadas sus posibilidades de acción política frente al avance de la globalización. Sólo por poner un ejemplo cercano, ¿cuánto de la pobreza que se padece en América Latina es atribuible a la Política Agrícola Común europea o a los subsidios al agro que implementa Estados Unidos? Sin pretender diluir responsabilidades internas, es indudable que este tipo de medidas implementadas en los países industriales cercena las posibilidades de desarrollo de las regiones periféricas, dificultando la superación de las situaciones de pobreza.

Si en la actualidad la tecnología y los recursos disponibles están en condiciones de ofrecer niveles de vida dignos para todos los seres humanos, y si la pobreza se debe

más al funcionamiento de la economía global que a las políticas regionales, entonces lo que se entiende por pobreza debe ser lo mismo para todos los seres humanos. En consecuencia, en las actuales condiciones históricas, la pobreza debe ser comprendida en términos absolutos en lo que respecta a la comunidad de pertenencia.

Las concepciones tradicionales sobre pobreza tampoco abordan el problema en relación con una dinámica social y económica más amplia. En general, la pobreza se concibe como una dimensión específicamente descriptiva, vinculada a una situación de privación material. Apartándose en cierta manera de esta línea, Townsend amplía el concepto, incluyendo variables sociales y culturales, asimilándolo más a la idea de exclusión social, pero luego propone al nivel de ingreso como único indicador para detectar la situación multidimensional que describe.

Por su parte, los enfoques de Sen y Doyal y Gough conceptualizan la pobreza mediante el análisis minucioso de una serie de etapas que concluye en la realización de un vector de bienes, o en la satisfacción de una necesidad. En ambos casos se trata de la descomposición de la cadena medios-fines mediante la cual se concretiza una situación determinada, relacionada con los recursos materiales de los que dispone una persona. Si bien el conocimiento de las etapas que componen esta secuencia puede ser sumamente útil a la hora de construir indicadores, desde el punto de vista estrictamente conceptual, estos enfoques no superan una perspectiva descriptiva de la pobreza.

Como contrapartida, aquí se sostendrá que la idea de pobreza cobra un nuevo sentido si se la contextualiza dentro de un proceso dinámico; como una etapa más, causa y a la vez efecto, dentro del proceso iterativo y multidimensional que moldea la estructura de la cohesión social. A diferencia de Townsend, para quien la pobreza está cruzada por variables sociales e institucionales, ésta se ve aquí como una dimensión exclusivamente material, pero que forma parte del conjunto integrado de relaciones sociales que define distintos grados de inserción social. Se rechaza así explícitamente la posibilidad de concebir a la pobreza como un fenómeno psicológico, cultural o territorial. Esta perspectiva multidimensional contribuye a definir los procesos de disociación entre los miembros de una sociedad que Robert Castel (1997) denomina desafiliación, en reemplazo del término más difundido de exclusión. La desafiliación social es económica y psicológica, cultural y territorial, pero la pobreza es exclusivamente material o económica, constituyendo una de las dimensiones específicas que cruzan al proceso de desafiliación. En resumen, estamos ya en condiciones de brindar una respuesta sintética a nuestra primera pregunta, ¿qué es lo que la pobreza es? *La pobreza es la dimensión material de la desafiliación social.*



## **APROXIMACIÓN EMPÍRICA AL PROBLEMA DE LA POBREZA**

La identificación en el plano empírico de situaciones concretas de pobreza es, en principio, un problema técnico. Sin embargo, la cuestión no puede separarse de la discusión conceptual, desde el momento en que ésta condiciona inevitablemente la aproximación empírica al fenómeno. Asimismo, la construcción de indicadores referidos a la pobreza genera también controversias en el plano técnico, es decir, acerca de qué parámetros es conveniente tomar para dar cuenta de la existencia de una situación de pobreza, sea como fuere definida ésta.

La falta de acuerdo en torno a los métodos de detección y medición de la pobreza demuestra lo difícil que es, si no es que imposible, arribar a un indicador que ilustre de modo satisfactorio una realidad que presenta múltiples facetas, tanto cuantitativas como cualitativas. Sin embargo, esto no debería ser motivo de inquietud; por el contrario, las diferentes aproximaciones ofrecen formas de abordaje complementarias para conocer distintos aspectos de la realidad que se pretende estudiar.

### **Identificación**

El primer problema que surge al aproximarse empíricamente al tema de la pobreza es determinar quién es pobre y quién no lo es. O dicho de otro modo, se debe definir qué atributos caracterizan a un individuo o a un hogar considerado como pobre. Esta etapa de análisis es lo que habitualmente se denomina identificación.

Asimismo, es aquí donde debe establecerse si la unidad de análisis considerada es directamente el individuo, o bien el hogar al que pertenece. En general se opta por esta última alternativa, dado que es al nivel del hogar que se deciden las estrategias de supervivencia que determinan los estándares de vida del grupo familiar (López y Alegre, 2004). De aquí que una persona sea considerada pobre si es miembro de un hogar en situación de pobreza.

Para identificar a los pobres existen diversos métodos, de los cuales los más difundidos son el método directo o de las necesidades básicas, y el método indirecto o del ingreso.

El primero de ellos consiste en detectar a las personas cuya canasta de consumo actual deja insatisfecha alguna necesidad considerada como básica. En términos teóricos, esta alternativa centra su atención sobre un vector de realizaciones específico, previamente determinado, excluyendo toda noción de ingreso. Lo que se mide aquí es el consumo efectivamente realizado en determinados rubros y no la capacidad potencial de realizarlo.

En Argentina, el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos –INDEC- (1984) definió un conjunto de necesidades básicas a partir del cual se puede caracterizar como pobre a un hogar. Dichas necesidades son: adecuada capacidad de subsistencia, lo cual implica no más de tres personas por miembro ocupado, si es que el jefe posee un nivel educativo menor al segundo grado de la escuela primaria; vivienda adecuada, es decir, con buenas condiciones estructurales y sanitarias; la no existencia de hacinamiento –más de tres personas por cuarto-; e inserción en el sistema educativo de los niños en edad escolar. El no cumplimiento de una sola de estas condiciones es suficiente para que un hogar sea considerado como pobre.

Por su parte, el método indirecto o del ingreso consiste en identificar como pobres a todos aquellos cuyo ingreso monetario se encuentra por debajo de un umbral predeterminado, denominado línea de pobreza. Se considera que por encima de este nivel de ingreso se puede satisfacer de forma completa un conjunto específico de necesidades mínimas.

Asimismo, el INDEC establece una línea de indigencia a partir del valor de una canasta básica definida como el “conjunto de alimentos y productos alimentarios que cubren los requerimientos alimenticios mínimos de un individuo adulto de 30 a 59 años con actividad moderada” (INDEC, 1984).

A fin de ponderar las diferencias debidas al tamaño y la composición de los hogares, se efectúa una conversión de sus miembros en relación al llamado adulto equivalente<sup>3</sup>. De este modo se puede calcular el valor monetario de la Canasta Básica Alimentaria (CBA) para cada hogar específico en función de su composición. Así queda determinada la Línea de Indigencia (LI), mientras que la Línea de Pobreza (LP) resulta de añadir a la CBA una estimación del valor de los recursos no alimentarios. Adicionalmente, esta perspectiva puede complementarse con el concepto de Línea de Vulnerabilidad (LV), la cual surge de multiplicar la LP por 1,5. Así se incluyen en el análisis a aquellos hogares que si bien se encuentran por encima de la LP, corren un elevado riesgo de caer por debajo de la misma.

Para Sen el método directo es superior al del ingreso, en el sentido de que no precisa recurrir a supuestos particulares sobre las pautas de consumo de las familias. Es por esto que la intermediación del ingreso sólo sería una segunda opción en el caso de no poder contar con información directa acerca de la satisfacción de necesidades específicas (Sen, 1992).

---

<sup>3</sup> El adulto equivalente corresponde al individuo en función del cual se estima la Línea de Indigencia, es decir, una persona de 30 a 59 años con actividad moderada. A este adulto se le asigna un valor igual a uno, y el resto de los componentes del hogar equivale a un porcentaje del anterior, según sexo y edad.

No obstante, existen también poderosas razones para preferir el método del ingreso al de las necesidades básicas. En primer lugar, en las sociedades capitalistas de mercado el nivel de ingreso monetario de las personas es en sí mismo un indicador del modo y del grado de su integración social (Lo Vuolo et al., 1999).

Asimismo, en una sociedad mercantilizada el ingreso es un adecuado indicador genérico de las situaciones de privación material, sin necesidad de recurrir a la arbitrariedad inherente a un vector de necesidades predeterminadas.

Por otra parte, al situarse en el espacio de las capacidades, el ingreso contempla la libertad de elección del individuo, abarcando así una importante dimensión del bienestar, si bien la misma excede el concepto de pobreza tal como se lo definió en este trabajo.

Del mismo modo, al considerar el ingreso es posible recurrir al análisis de sus fuentes, lo que permite aproximarse al estudio de la relación entre la privación material que sufren individuos y familias y la dinámica económica en la que se hallan inmersos.

Por último, el método del ingreso ofrece una escala numérica útil para la construcción de indicadores que den cuenta de la profundidad y extensión de la pobreza.

Como puede verse, cada una de las formas de captar la pobreza presenta puntos a favor y en contra, por lo cual su utilización depende principalmente de los aspectos relativos a la pobreza que se quieran destacar. Así, se admite que el método de las necesidades básicas refleja adecuadamente situaciones de pobreza crónica o estructural, mientras que el del ingreso es útil para captar la pobreza coyuntural, asociada a factores transitorios, como desajustes en el mercado de trabajo o fluctuaciones en el ciclo económico. Esta circunstancia brinda una interesante posibilidad de complementariedad entre ambas metodologías a partir del Método Integrado de Medición de la Pobreza (MIP). El mismo consiste en la identificación combinada de los pobres, tanto a través de sus necesidades básicas insatisfechas, como de sus niveles de ingreso, dando lugar a una clasificación que se esquematiza en un cuadro de doble entrada como el siguiente:

LP / NBI	Hogares con NBI	Hogares sin NBI
Hogares Pobres (por debajo de la LP)	Pobreza crónica (total)	Pobreza reciente o coyuntural (nuevos pobres)
Hogares No Pobres (por encima de la LP)	Pobreza inercial (estructural)	Hogares en condiciones de integración social

Tomado de Feres y Mancero (1999)

Esta forma de aproximación al problema permite contemplar rasgos cualitativos de la heterogeneidad de la pobreza, que no son puestos en evidencia al utilizar cada uno de los métodos separadamente. Asimismo, el MIP permite captar, en cierta medida, la interacción entre situaciones coyunturales y estructurales, lo que lo constituye en una herramienta valiosa para analizar aspectos de la dinámica que subyace en las situaciones de pobreza.

### **Agregación**

Una vez definido un criterio en base al cual determinar quién es pobre y quién no lo es, el siguiente paso es arribar a un indicador que dé alguna medida global de la pobreza.

Al considerar esta cuestión debe tenerse en cuenta que en ella convergen distintas dimensiones. En primer lugar está la extensión de la pobreza, es decir, qué proporción de personas son identificadas como pobres en una comunidad, sin entrar en consideraciones adicionales. En segundo lugar está la incidencia o profundidad de la pobreza, esto es qué tan pobres son los pobres, o bien qué tan lejos están los pobres de la superación de la pobreza. Por último está el tema de la heterogeneidad de la pobreza, lo que lleva a preguntarse entre otras cosas, cómo se distribuye el ingreso entre los pobres.

Todas estas dimensiones suponen una apreciación cuantitativa, por lo que en general, las diferentes alternativas de agregación hacen uso de medidas que permiten recurrir a una métrica monetaria, lo cual limita la utilidad de los métodos directos.

A fin de evaluar los defectos y las virtudes de los distintos indicadores, Sen (1976) planteó un enfoque axiomático, posteriormente ampliado por otros autores, que enumera las características que deberá reunir un método adecuado de agregación de la pobreza, algunas de las cuales se describen a continuación.

El axioma focal sostiene que la línea de pobreza, una vez determinada, no debe ser influenciada por cambios en el ingreso de los no pobres. Esta condición se basa en

la idea de que la situación de las personas que están por encima de la línea de pobreza no afecta al bienestar de los pobres.

El axioma de monotonicidad señala que la medida de la pobreza debe aumentar ante una disminución en el ingreso de una persona pobre, es decir, debe haber una correspondencia entre la medida de la pobreza y la distancia que separa a los pobres de la línea.

Por último, el axioma de transferencia establece que la pobreza debe aumentar ante un traspaso de ingresos de una persona pobre a otra menos pobre. Como puede verse, este axioma afirma que la medida de la pobreza debe contemplar de algún modo la desigualdad en la distribución del ingreso entre los pobres.

El indicador más simple y más utilizado para medir la extensión o incidencia de la pobreza es el “índice de recuento H” (headcount index), el cual da cuenta de las personas que se encuentran bajo la línea de pobreza, y se expresa como el cociente entre el número de personas (hogares) pobres y el total de personas (hogares) en estudio.

$$H = \frac{q}{n}$$

donde q = número de personas (hogares) pobres; y

n = número total de personas (hogares).

Si bien este índice tiene las ventajas de su simplicidad y su facilidad de interpretación, es mucha la información que omite. Así, por ejemplo, es incapaz de reflejar la distancia de los pobres en relación a la línea de pobreza o la estructura de la distribución de ingresos por debajo de la misma.

Asimismo, el índice de recuento no cumple con los axiomas de monotonicidad y transferencia, ya que ni una disminución en el ingreso de los pobres, ni una redistribución del ingreso entre los pobres que no ocasione cruces de la línea de pobreza afectan su cuantía.

Otro indicador habitual en el estudio del tema es el que capta la medida de intensidad de la pobreza (I), la cual se define como la diferencia entre la LP y el ingreso promedio de los pobres.

$$I = \frac{Z - Y_p}{Z}$$

donde Z = línea de pobreza; y

Y<sub>p</sub> = ingreso promedio de los pobres.

También este índice es una medida incompleta ya que sólo da cuenta del déficit agregado de ingresos, sin importar el modo en que se distribuye, ni entre cuántas personas. Asimismo, si bien cumple con el axioma focal y el de monotonidad, no lo hace con el de transferencia, dado que no contempla la forma en que se distribuye el ingreso entre los pobres.

La combinación de la medida de intensidad (I) con el índice de recuento (H) da lugar a la llamada “brecha de la pobreza” o “poverty gap” (PG), la cual capta la profundidad de la pobreza y muestra la distancia promedio del ingreso de los pobres a la LP, ponderado por la incidencia de la pobreza.

$$PG = H \cdot I \quad \text{o} \quad PG = \frac{1}{n} \sum_{i=1}^q \frac{(Z - Y_i)}{Z}$$

donde q = número de personas (hogares) pobres;

n = número total de personas (hogares);

Z = línea de pobreza; y

Y<sub>i</sub> = ingreso de la i-ésima persona (hogar) pobre.

Al igual que la medida de intensidad, la brecha de pobreza satisface el axioma focal y el de monotonidad, pero no se ve afectado por cambios en la distribución del ingreso. No obstante, a pesar de sus deficiencias, este índice reviste interés como indicador del costo necesario para eliminar la pobreza mediante transferencias a los pobres.

A fin de subsanar los problemas derivados de la utilización de los índices antes mencionados, Amartya Sen propuso un indicador, conocido como índice de Sen, que satisface los tres axiomas propuestos.

$$P(s) = H \cdot [I + (1 - I) \cdot G]$$

donde G = coeficiente de Gini para la distribución de ingreso entre los pobres.

Como puede observarse, esta medida pretende abarcar aspectos que son contemplados por los otros indicadores, incorporando además una medida de la distribución del ingreso entre los pobres a través del índice de Gini. En una situación de perfecta igualdad entre los pobres, el índice de Sen se expresa igual que la brecha de la pobreza (PG = H · I), y crece ante incrementos en la desigualdad del ingreso por debajo de la línea.

En conclusión, es posible ver que cada una de las medidas por sí sola capta aspectos parciales de la pobreza que es necesario complementar. Esto, en principio, no debería ser interpretado como una consecuencia de la utilización de indicadores incompletos o deficientes, sino como una situación lógica, derivada de la complejidad del problema que se pretende estudiar. Al abordar la cuestión de la pobreza, debe tenerse presente su carácter multifacético, y considerar hasta qué punto es conveniente condensar características diversas en unos pocos números, en lugar de ilustrar cada dimensión a través de un indicador específico.

### **Aspectos metodológicos referidos al presente trabajo**

A los efectos de los propósitos del presente trabajo la Brecha de la Pobreza es estimada a partir de la siguiente expresión:

$$BP_{Total} = \sum_{i=1}^q (Z - Y_i)$$

donde q = número de hogares pobres;

Z = línea de pobreza; y

Y<sub>i</sub> = ingreso del i-ésimo hogar pobre.

El valor así obtenido representa la suma monetaria total que es necesario transferir al conjunto de familias pobres a fin de erradicar la pobreza. Seguidamente se procede a clasificar a los hogares según tengan o no NBI. Se tienen así los valores de la deuda social de la pobreza<sup>4</sup> para el total de la población y para los grupos de pobres estructurales y pobres coyunturales. A fin de obtener la medida per capita de estos valores se optó por dividirlos por el número de adultos equivalentes presentes en cada grupo, de modo de ponderar las diferencias individuales en términos de requerimientos de ingreso, arribando así a la siguiente expresión:

$$BP_{PerCapita} = \frac{1}{Ad.Eq.} \sum_{i=1}^q (Z - Y_i)$$

---

<sup>4</sup> Se entiende como *deuda social* a la diferencia entre lo que ingresa una familia pobre y lo que necesita para salir de esa situación, y que debería ser aportado por el resto de la sociedad.

donde Ad Eq = número total de adultos equivalentes que habitan en los hogares pobres.

Para evaluar la interrelación entre las distintas problemáticas laborales y la deuda social, se clasifica a los hogares en función a la condición de actividad –según sea ocupado pleno, subocupado o desocupado- y a la modalidad de inserción laboral del jefe –es decir, si se encuentra sujeto a una relación laboral precaria o no, y si está empleado en el sector formal o informal de la economía o en el servicio doméstico-.

## **APROXIMACIÓN EMPÍRICA A LA REALIDAD SOCIOLABORAL EN EL AGLOMERADO MAR DEL PLATA - BATÁN**

### **Análisis de la realidad local**

Como fue mencionado con anterioridad, tanto la evolución del mercado de trabajo como los índices de pobreza registrados en el aglomerado Mar del Plata-Batán exhiben un deterioro agravado en relación al resto del país. El grado de profundidad alcanzado por estas problemáticas contribuye en la difusión de formas precarias de inserción social, que en muchos casos llegan a configurar casos extremos de desafiliación.

En este sentido, los problemas ocupacionales y las situaciones de pobreza que aquejan a buena parte de la población del aglomerado, son analizadas aquí considerándolos como dimensiones centrales en el marco de la cuestión social.

Las cifras proporcionadas por la Encuesta Permanente de Hogares son elocuentes en relación con la crisis de 2002 sobre el nivel de vida de la población y sobre sus posibilidades de inserción laboral. Así, entre octubre de 2001 y octubre de 2002 el conjunto de hogares pobres e indigentes, medidos por el método del ingreso, pasó del 23,4% al 37,7%, mientras que los hogares vulnerables aumentaron del 12,5% al 22,9%. Los no pobres, por su parte, exhiben una reducción notoria, pasando del 64% al 39,4% (Cuadros 1 y 2).

Si se analiza la situación de los hogares según las posibilidades que ofrece el Método Integrado de Medición (MIP), se observa en primer lugar que los hogares con necesidades básicas insatisfechas (NBI) constituyen una franca minoría, que sólo aumenta tres puntos porcentuales en el período considerado, llegando a 9,6% en octubre de 2002. Asimismo, la composición de este conjunto en lo que respecta a la condición socioeconómica medida por el método del ingreso se muestra relativamente estable. En cambio, los hogares sin NBI experimentaron un notable deslizamiento hacia las categorías socioeconómicas inferiores, pasando a engrosar los grupos de



“Vulnerables” y de “Pobres e indigentes” (Cuadros 1 y 2). En pocas palabras, es principalmente el crecimiento de los nuevos pobres, producto de la pauperización de ciertos sectores medios, lo que explica el grueso del incremento de la pobreza.

El análisis de la pobreza por personas permite visualizar una situación más dramática aún, dado que es en los hogares pobres donde habitan familias más numerosas. En efecto, en octubre de 2001 un 30,6% de los habitantes del aglomerado se encontraba debajo de la línea de pobreza, y un 15,4% se encontraba debajo de la línea de vulnerabilidad, aunque por encima de la línea de pobreza. Estos porcentajes en octubre de 2002 alcanzan al 46,2% y al 20,2% respectivamente, en tanto que los no pobres caen del 54% al 33,6% entre ambas fechas. En cuanto a la evolución que permite observar el MIP, nuevamente se puede ver que el aumento de la pobreza se debe principalmente al incremento de los nuevos pobres (Cuadros 3 y 4).

### **Caracterización de los hogares pobres**

En líneas generales, los hogares pobres exhiben características específicas que los diferencian sensiblemente del resto de la población. Así, por ejemplo, es posible establecer determinadas tendencias en la incidencia de variables como clima educativo<sup>5</sup>, tamaño del hogar o tasa de dependencia<sup>6</sup>, las cuales afectan de distinta manera a los hogares según su categoría socioeconómica.

En relación con el clima educativo, éste aparece claramente correlacionado con el nivel de pobreza. En efecto, entre los hogares pobres e indigentes, alrededor del 75% no supera el nivel de instrucción intermedio. En marcado contraste, entre los no pobres, el porcentaje de hogares donde el máximo nivel educativo alcanzado es el medio o alto varía entre el 55% y el 65% entre octubre de 2001 y octubre de 2002. Asimismo, los datos permiten observar cómo el incremento de la pobreza acaecido durante el período golpeó más duramente a los hogares con menor clima educativo (Cuadros 5 y 6).

---

<sup>5</sup> Se entiende por clima educativo al máximo nivel de instrucción alcanzado por el jefe de hogar y/o el cónyuge. De acuerdo a los datos elaborados en base a la Encuesta Permanente de Hogares, el agrupamiento de las dimensiones educativas se efectúa por niveles de instrucción del siguiente modo: Bajo (sin instrucción y primaria incompleta), Intermedio (primaria completa y secundaria incompleta), Medio (secundaria completa y superior incompleta), Alto (superior completa).

<sup>6</sup> Se define a la tasa de dependencia como la relación entre el total de miembros del hogar y el número de personas que trabajan.

Esta variable reviste especial importancia en lo referente a la calidad de vida de las familias, dado que el nivel de instrucción de los cónyuges influye en los hábitos educativos, sanitarios y nutricionales de toda la familia. En consecuencia, este indicador constituye un importante predictor de la transmisión intergeneracional de activos que facilitan logros ocupacionales y de bienestar futuros (Katzman, 2000).

En cuanto al tamaño del hogar, existe una clara tendencia en las categorías socioeconómicas más bajas a conformar grupos familiares más grandes. Sin embargo, el proceso de pauperización acontecido durante 2002 afectó relativamente más a los hogares de menor tamaño, lo cual parecería confirmar la importancia de la emergencia de los nuevos pobres o pobres coyunturales, quienes estructuralmente revisten características propias de los no pobres (Cuadros 7 y 8).

Estrechamente vinculada al tamaño del hogar se encuentra la tasa de dependencia, ya que lógicamente es en los hogares más grandes donde los miembros ocupados deben sostener las necesidades de un mayor número de individuos. Esta situación a la vez condiciona la suficiencia del ingreso del grupo familiar, dificultando su ascenso en la escala socioeconómica. Así, es posible ver cómo las mayores tasas de dependencia se registran en los hogares más pobres, mientras que el crecimiento de la pobreza en 2002, si bien golpeó relativamente más a los hogares con menor tasa de dependencia, también afectó de manera significativa a las familias que registran un número de cinco o más personas por miembro ocupado (Cuadros 9 y 10).

El nexo entre tamaño del hogar y tasa de dependencia aparece clarificado al observar la estructura etarea de las distintas categorías socioeconómicas. Allí puede verse que es entre los sectores pobres e indigentes donde existe una mayor proporción de menores de catorce años, a la vez que es en esta franja etarea donde se registran los mayores niveles de pobreza. Esto podría vincularse, en principio, a la mayor tasa de fecundidad que caracteriza a las familias de menos recursos (Vinocur, 1998), lo que a su vez influye en el mayor tamaño característico de los hogares pobres. Asimismo, esto condiciona la capacidad de subsistencia de los hogares al reducir la parte de la población que está en condiciones de incorporarse al mercado de trabajo, lo cual determina una mayor tasa de dependencia. Este factor constituye uno de los principales mecanismos de transmisión intergeneracional de las situaciones de pobreza y desafiliación social, al afectar las posibilidades educacionales de los menores, quienes suelen verse forzados a una incorporación temprana al mercado laboral a fin de complementar el ingreso familiar.

Por otra parte, resulta particularmente llamativa la escasa proporción de mayores de sesenta años que se observa en los sectores más pobres. Esto podría ser indicio tanto de una menor esperanza de vida para estos grupos, como de la influencia de los

ingresos jubilatorios que pueden contribuir para que algunos hogares superen la línea de pobreza (Cuadro 11 y 12).

En cuanto a la tasa de desempleo abierto, ésta afecta de manera exageradamente desproporcionada a los estratos más pobres. Así en octubre de 2002 la desocupación entre los pobres e indigentes superó en casi el doble la tasa general de 17,9%. Entre los no pobres, por el contrario, no llegó al 7%. El contraste fue mayor en octubre de 2001, cuando el desempleo entre las personas pobres e indigentes superó el 50%, más del doble de la tasa global de 22,8% que se registró en ese momento, y cinco veces más la tasa de desempleo entre los no pobres. Igualmente preocupante resultó el nivel de desocupación en el segmento considerado como vulnerable, aunque estuvo lejos de alcanzar los niveles observados para los pobres, siendo levemente superior al 22% en ambos extremos del período considerado. Por su parte, la tasa de subocupación presenta un comportamiento similar al índice de desempleo, aunque con menores disparidades entre los distintos estratos. Asimismo, a diferencia de lo sucedido con la desocupación, la subocupación se incrementó en el lapso analizado unos cinco puntos porcentuales, alcanzando un 21,5% en octubre de 2002. Esto permitiría inferir que, en parte, la reducción del desempleo verificada durante 2002 se debió a un aumento en el número de puestos de trabajo a tiempo parcial (Cuadros 13 y 14).

### **Inserción laboral y pobreza**

Como se describe en los párrafos anteriores, las diferentes situaciones de pobreza aparecen en cierta medida correlacionadas con un conjunto de variables cuya convergencia contribuye a definir posiciones dentro de la estructura social. En este sentido, estas variables influyen en la configuración de situaciones multidimensionales que podrían enmarcarse dentro del esquema analítico de afiliación-desafiliación social. La interrelación de estas situaciones con la heterogeneización del mercado de trabajo puede ofrecer una aproximación a los mecanismos en virtud de los cuales se produce y se difunde el fenómeno de la desafiliación, si se considera que el mercado laboral ocupa un lugar central en relación a la cuestión social. En efecto, las diferentes modalidades mediante las cuales los individuos se insertan en el mercado de trabajo tienen una influencia decisiva en el grado de inserción social, no sólo por el carácter de fuente de ingresos que reviste la posesión de un puesto de trabajo, sino además por el acceso a ciertos derechos y servicios específicos vinculados con el empleo. Aquí entra en juego el concepto de Trabajo Decente (TD), en tanto permite obtener una idea de la medida en que el trabajo está asociado a la percepción de un ingreso

adecuado o al goce de ciertos derechos. En este apartado se intenta arribar a un panorama general del modo en que las distintas modalidades de inserción laboral interactúan con los niveles de pobreza, contribuyendo así a definir situaciones ubicables dentro del esquema afiliación-desafiliación.

Una primera aproximación permite ver que sobre el total de la población ocupada hay un predominio de los puestos de trabajo informales, los cuales pasaron del 46,7% al 53,4% entre octubre de 2001 y octubre de 2002. Si se considera en forma conjunta el sector informal con el servicio doméstico, el guarismo alcanzó el 60% del total de los puestos de trabajo (Cuadro 15).

Por otra parte, la situación ocupacional de los trabajadores asalariados se caracterizó por una precarización creciente, siendo que en octubre de 2002 el 47,7% de los asalariados se encontraba sujeto a una relación laboral precaria, casi siete puntos porcentuales más que un año antes (Cuadro 16).

Al analizar en particular la forma de inserción laboral de los pobres se observa que sólo el 26% de éstos estaban ocupados en empleos formales en octubre de 2001. El restante 74% sólo contaba con la posibilidad de incorporación en empleos y actividades informales o de servicio doméstico. Resultan llamativos los resultados hallados en octubre del 2002, donde el número de personas pobres que se encontraban ocupadas en empleos formales se incrementó hasta llegar al 33,4%. Esto permite inferir que la caída de los salarios reales provocó, aún en una situación de ocupación formal, que la retribución obtenida por el trabajo no sea suficiente, o no tenga la capacidad de satisfacer las necesidades mínimas del trabajador ni de su familia. También es notable el sesgo de los empleos de servicio doméstico hacia el grupo socioeconómico más desfavorecido, donde éste representa una proporción significativamente mayor que en el sector formal (Cuadros 17 y 18).

En cuanto a la precarización de las relaciones laborales, ésta afectó sobre todo a los sectores pobres, entre los cuales el trabajo precario supera el 70%. Si bien en octubre de 2002 se observa una mayor proporción de trabajadores pobres no precarios con relación a 2001, ello no se debe a una mejora de su condición, sino a la mayor pauperización relativa que han sufrido los asalariados con ocupación estable. Ello permite inferir una caída generalizada en el poder adquisitivo de los salarios, a la que no escapan los empleos protegidos. Aún así, para ambos extremos del período, la proporción de pobres es mucho mayor entre los trabajadores precarios que entre los protegidos (Cuadros 19 y 20).

Esto indicaría que, a las dificultades que afectan a los pobres para conseguir empleo, se suman las malas condiciones de contratación, que los obligan a tolerar la incertidumbre en cuanto a la continuidad de su empleo y/o la falta de protección social.

En conjunto, puede verse cómo las distintas problemáticas laborales interactúan con los niveles de pobreza, determinando posiciones de vulnerabilidad dentro de la estructura social. En efecto, los más pobres no sólo se ven golpeados por mayores índices de subocupación y desempleo, sino que además, cuando logran incorporarse al empleo, lo hacen en forma endeble, lo que contribuye a consolidar y reproducir su situación de pobreza.

### **Deuda social e inserción laboral**

El análisis efectuado en el apartado anterior ofrece una primera aproximación de la medida en que ciertas problemáticas presentes en el mercado de trabajo argentino aparecen asociadas a los niveles de pobreza. En este sentido, antes que una relación de causalidad unívoca entre estos dos fenómenos, cabe inferir un proceso de retroalimentación recíproca, en el que ambos convergen en la configuración de situaciones de vulnerabilidad social, que pueden caracterizarse como diferentes grados de desafiliación.

Un panorama más completo de este proceso puede obtenerse si se observa la interrelación entre estas dos dimensiones a la luz de las posibilidades que ofrece el análisis de la deuda social, entendiendo como tal a la diferencia entre el ingreso de una familia pobre y el que necesitaría para salir de esa situación. En efecto, esta diferencia no sólo indica la condición de pobreza de un hogar, sino que otorga una medida relativamente precisa del grado en que la percepción de un ingreso insuficiente sitúa a una familia en una posición de inserción social precaria. En otras palabras, el déficit de ingreso reflejado en la deuda social puede dar una aproximación a la posición en la que se ubican hogares y personas dentro del esquema afiliación-desafiliación.

A fin de abordar el análisis de la deuda social se muestran en el anexo estadístico, junto con las brechas totales<sup>7</sup>, las correspondientes a distintos grupos de hogares, clasificados según la inserción laboral de su jefe. Esta última dimensión es a su vez, descompuesta en tres variables: la condición de actividad, el carácter precario o no de la relación laboral, y el sector de adscripción –formal o informal- de la actividad realizada.

En primer lugar puede verse un incremento notorio en las brechas totales, las cuales se duplican en sus montos globales entre octubre de 2001 e igual mes de 2002.

---

<sup>7</sup> De manera análoga a la Brecha de la Pobreza, las Brechas de Indigencia y de Vulnerabilidad miden la distancia entre el ingreso de los hogares y las líneas de indigencia y vulnerabilidad respectivamente.

Asimismo, se observan crecimientos importantes en las brechas per capita, lo que indica que no sólo hay más pobres en 2002, sino que además son mucho más pobres que en 2001.

Si se consideran las diferencias entre pobres estructurales y nuevos pobres, esto es, hogares con y sin NBI respectivamente, se registra la misma duplicación de las brechas globales para ambos grupos, pero es en el primero de ellos donde las brechas per capita se incrementan más (Cuadros 21 y 22). Si esto se compara con las tendencias observadas en el apartado anterior, pueden inferirse algunas características que reviste el crecimiento de la pobreza durante el período estudiado. En primer lugar, es posible ver que tanto la proporción de personas que habitan en hogares con NBI, como el porcentaje de éstas que se encuentra por debajo de la línea de pobreza varían muy poco durante 2002. Esto es verosímil, dado que las NBI están determinadas por una serie de variables estructurales que difícilmente puedan presentar grandes cambios en el corto plazo. Asimismo, como la abrumadora mayoría de los hogares con NBI se encuentran debajo de la línea de pobreza al inicio del período, es poco el incremento que puede haber en el porcentaje de pobres estructurales. Sin embargo, el análisis de las brechas permite ver que la profundización de la pobreza fue mayor entre éstos últimos, aunque sean los nuevos pobres los que más han crecido en número.

Hay, no obstante, una llamativa excepción: las brechas de indigencia –esto es, la diferencia entre el ingreso de los hogares que se encuentran en situación de indigencia y la LI-, siendo similares para ambos grupos en octubre de 2001, crecen más para los nuevos pobres que para los pobres estructurales. Esto da pie a sugerir una hipótesis cuya verificación excede el alcance de este trabajo. Puede suponerse que, aunque la profundidad de la pobreza sea mayor entre los pobres estructurales que entre los nuevos pobres, los primeros tienen consolidadas ciertas estrategias de vida que les permiten sostener un piso de ingresos superior al de los segundos. En otras palabras, en situaciones de pobreza extrema, los pobres estructurales poseen mayor aptitud para generar ingresos que la clase media pauperizada.

En lo relativo a las problemáticas laborales, además del incremento generalizado de todas las brechas, pueden apreciarse los efectos que sobre las mismas tienen las distintas variables que definen a las modalidades de inserción laboral. Se observa así, que en 2001 es la condición de actividad la que parece causar la mayor profundización de las brechas per capita, seguida por la precarización de la relación laboral (Cuadros 23 y 25). El sector de adscripción, por el contrario, no parece tener una influencia significativa, dado que no existen diferencias importantes entre las brechas per capita

de los hogares, si se clasifica a los mismos según el jefe se desempeñe en el sector formal o en el informal (Cuadro 27).

En octubre de 2002 la situación presenta cambios apreciables en relación a 2001. Primeramente, no puede inferirse que la condición de actividad cause un mayor impacto sobre el déficit de ingreso que la precarización de la relación laboral. Si bien las brechas per capita son mayores para los hogares con jefe subocupado que para los que poseen jefe precario, es el paso de la condición de “No precario” a “Precario” el que produce un cambio de mayor magnitud en aquéllas (Cuadros 24 y 26). Por su parte, el sector de adscripción pasa a tener una influencia más apreciable en 2002, aunque claramente menor que la de las otras dos variables (Cuadro 28).

Sin embargo, este análisis adolece de una serie de limitaciones que es importante aclarar. En primer lugar, si bien la situación ocupacional del jefe, en tanto principal sostén de la familia, puede dar una idea aproximada de la medida en que una inserción laboral endeble afecta a los ingresos del hogar, puede haber otros miembros distintos del jefe que contribuyan al sostenimiento del grupo familiar. Esto podría explicar que en octubre de 2002 las brechas per capita de indigencia y de pobreza para los hogares con jefe desocupado sean menores que para las familias con jefe subocupado. En segundo lugar, el tamaño muestral de la EPH para el aglomerado Mar del Plata - Batán impide la fragmentación de la muestra de modo tal que pudiera observarse de forma aislada la influencia de cada variable. Así, por ejemplo, entre subocupación y precariedad laboral existe una interrelación importante que debe ser tenida en cuenta a la hora de inferir conclusiones. Otro tanto puede decirse en relación a los vínculos de la informalidad con la precariedad y con la condición de actividad.

Sin embargo, es razonable suponer que la subocupación implica una reducción en los ingresos mayor de la que puede estar asociada a la precariedad de un puesto a tiempo completo, dado que necesariamente un empleo a tiempo parcial corresponde a una menor remuneración percibida. Asimismo, parece verosímil que la precarización de la relación laboral traiga aparejada un deterioro mayor que el que puede implicar un empleo no precario en el sector informal, dado que éste último cuenta con una serie de garantías que no posee el trabajo no registrado o no permanente. Estas conclusiones están en concordancia con los datos registrados en octubre de 2001, y no son refutadas por lo que se observa en octubre de 2002.

A partir de aquí es posible construir un esquema que refleje el espectro de situaciones determinadas por las distintas modalidades de inserción laboral. Así, desde el empleo pleno y protegido en el sector formal, hasta la desocupación, existe una gama de posibilidades intermedias dadas por las diferentes maneras en que se pueden combinar condición de actividad, precarización e informalidad. Las

modalidades de inserción laboral así definidas situarían a los individuos en distintas posiciones dentro de la dimensión laboral de la desafiliación social, que aquí se ha identificado con el concepto de Trabajo Decente.

En función de lo dicho hasta aquí, el rango de situaciones posibles quedaría determinado de la siguiente manera para los trabajadores asalariados:

1	Ocupado pleno	No precario	Sector formal
2	Ocupado pleno	No precario	Sector informal
3	Ocupado pleno	Precario	Sector formal
4	Ocupado pleno	Precario	Sector informal
5	Subocupado	No precario	Sector formal
6	Subocupado	No precario	Sector informal
7	Subocupado	Precario	Sector formal
8	Subocupado	Precario	Sector informal
9	Desocupado		

Para los trabajadores no asalariados, para quienes no es aplicable el concepto de precariedad laboral, el esquema queda considerablemente simplificado:

1	Ocupado pleno	Sector formal
2	Ocupado pleno	Sector informal
3	Subocupado	Sector formal
4	Subocupado	Sector informal
5	Desocupado	

Lamentablemente, el tamaño muestral sobre el que se releva la Encuesta Permanente de Hogares en el aglomerado Mar del Plata-Batán no permite la fragmentación de la población analizada en un número tan grande de categorías sin una pérdida significativa de representatividad. Quedan entonces estos esquemas como una propuesta metodológica a ser desarrollada en trabajos posteriores, sobre una base muestral más amplia.

No obstante, hay en este ordenamiento de las distintas formas de inserción laboral una serie de elementos para la discusión. En concreto, lo que aquí se intenta evaluar es la medida en que la heteroginización del mercado de trabajo repercute en distintos grados de desafiliación social. Para ello se ha procurado establecer un paralelo entre dos dimensiones centrales de la misma, como son la laboral y la material, es decir, el



Trabajo Decente y la pobreza. Implícitamente se le otorga entonces, mayor importancia al nivel de ingresos que a los derechos fundamentales asociados al trabajo. Si así no fuera ¿es posible afirmar que un ocupado pleno sujeto a una relación laboral precaria está en mejores condiciones que un subocupado contratado por tiempo indeterminado y debidamente registrado por el sólo hecho de que el primero gana más que el segundo? La respuesta es ciertamente discutible. Quizás lo más apropiado sería ubicar a ambos en situaciones equivalentes, aunque cualitativamente distintas, dentro del esquema afiliación-desafiliación. Y es que, como ya fue explicado, la desafiliación es una resultante generada por la interacción de un conjunto complejo de dimensiones que ninguna variable puede definir por sí sola.

## **CONCLUSIONES**

Los resultados del análisis efectuado en el presente trabajo permiten inferir aspectos relevantes del modo en que la heterogéinización del mercado de trabajo y el deterioro generalizado de las condiciones laborales interactúan con la evolución de la pobreza.

Una primera aproximación al problema pone en evidencia una notoria exacerbación de estos problemas tras la crisis de 2001/2002, así como una clara vinculación entre los problemas derivados de la inserción laboral y el padecimiento de situaciones de pobreza.

Esta vinculación tiene lugar en el marco de una crisis económica y social sin precedentes en la historia argentina, y aparece como el corolario de un largo proceso de aplicación sistemática de políticas cuyos efectos fueron la concentración de la riqueza, el incremento de la desigualdad y, a largo plazo, el deterioro generalizado de las condiciones de vida de buena parte de la población.

Tal es la impronta de las reformas estructurales de los años noventa, las cuales, al amparo del crecimiento experimentado durante la primera fase de su implementación, consolidaron el retroceso del Estado en áreas clave para la efectiva vigencia de los derechos sociales, como son la salud, la educación y el régimen de previsión social. Simultáneamente, la flexibilización de los mercados laborales implicó el desmantelamiento de buena parte de los sistemas de protección de los trabajadores, en un contexto en el que la precariedad, la subocupación y el desempleo comenzaban a erigirse en males endémicos de la economía argentina.

Asimismo, la polarización del ingreso y los niveles crecientes de exclusión y marginalidad parecieron confirmar de manera inequívoca la existencia de una dinámica centrífuga en la sociedad argentina, en la que cada día más personas se ven

frente a la posibilidad de sufrir un deterioro en sus condiciones de vida. De este modo, la sociedad argentina parece experimentar una honda desintegración en su cohesión que se manifiesta en una amplia gama de situaciones heterogéneas que evidencian diversos grados de desafiliación social.

Tras la caída de la convertibilidad hizo eclosión lo que hasta entonces venía siendo un deterioro gradual pero persistente de los indicadores sociales y laborales. Esto es puesto en evidencia no sólo por el notorio incremento en la extensión de la pobreza a partir de 2002, sino también por una significativa ampliación de la distancia que separa a las familias pobres del umbral de pobreza. Asimismo, se profundizó la heterogeinización del mercado de trabajo con una mayor extensión de las formas de inserción laboral endebles, traducidas en mayores niveles de subocupación involuntaria, informalidad y precariedad laboral.

Detrás de estas tendencias cabe inferir, antes que una relación de causalidad lineal, la existencia de una dinámica iterativa, en la cual el deterioro de la situación laboral y el descenso en la calidad de vida manifestado en la mayor extensión y profundidad de los niveles de pobreza se refuerzan mutuamente en la consolidación de estados de desafiliación social.

A su vez, este proceso de centrifugación social es reforzado por características estructurales propias de los más perjudicados que no sólo tienden a agravar el daño social derivado de la crisis ocupacional, sino que además se constituyen en importantes canales de transmisión intergeneracional de la pobreza. Así, a mayor tamaño del hogar corresponde una mayor carga económica por miembro ocupado y un menor ingreso per capita. Esto implica por un lado un perjuicio mayor en términos sociales frente a la pérdida potencial de empleo de quienes sustentan al grupo familiar, y por otro lado cercena las posibilidades educacionales de los menores quienes, forzados a una incorporación temprana al mercado de trabajo, condicionan así su propio futuro y contribuyen a reproducir su situación a largo plazo.

De este modo convergen diversas dimensiones que concurren en la configuración de estados multifacéticos de desafiliación. La heterogeinización del mercado de trabajo y el deterioro en las condiciones laborales, la concentración del ingreso y el agravamiento de las situaciones de pobreza, la consolidación de características sociodemográficas y educacionales que potencian los perjuicios derivados de la crisis y dificultan la superación de los mismos, son todos mecanismos concretos y articulados a través de los cuales la sociedad se fragmenta y se polariza, respondiendo a una dinámica cuyo origen debe buscarse en el funcionamiento intrínseco del régimen de acumulación y del modelo de crecimiento económico. Esto implica entender a estas tendencias esencialmente como resultado de las decisiones

fundamentales acerca del modo en que la sociedad se organiza para la producción y distribución de riquezas, y en última instancia para la distribución del poder. En este sentido, el objetivo de promover el Trabajo Decente para todos los hombres y mujeres debe entenderse fundamentalmente como parte medular en la lucha por lograr una sociedad verdaderamente justa y democrática.

## ANEXO ESTADISTICO

**CUADRO 1: Clasificación de los hogares por condición socioeconómica MIP – Octubre 2001**

Hogares		Sin NBI	Con NBI	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	77,0%	23,0%	100%
	%col	19,3%	84,1%	23,4%
<b>Vulnerables</b>	%fila	97,6%	2,4%	100%
	%col	13,1%	4,7%	12,5%
<b>No pobres</b>	%fila	98,9%	1,1%	100%
	%col	67,6%	11,2%	64,0%
<b>Total</b>	%fila	93,6%	6,4%	100%
	%col	100%	100%	100%
				<b>172.300</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 2: Clasificación de los hogares por condición socioeconómica MIP – Octubre 2002**

Hogares		Sin NBI	Con NBI	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	79,0%	21,0%	100%
	%col	32,9%	82,6%	37,7%
<b>Vulnerables</b>	%fila	96,4%	3,6%	100%
	%col	24,4%	8,7%	22,9%
<b>No pobres</b>	%fila	97,9%	2,1%	100%
	%col	42,7%	8,7%	39,4%
<b>Total</b>	%fila	90,4%	9,6%	100%
	%col	100%	100%	100%
				<b>167.900</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 3: Clasificación de las personas por condición socioeconómica MIP – Octubre 2001**

Personas		Sin NBI	Con NBI	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	73,0%	27,0%	100%
	%col	24,6%	91,8%	30,6%
<b>Vulnerables</b>	%fila	98,8%	1,2%	100%
	%col	16,7%	2,1%	15,4%
<b>No pobres</b>	%fila	99,0%	1,0%	100%
	%col	58,7%	6,1%	54,0%
<b>Total</b>	%fila	91,0%	9,0%	100%
	%col	100%	100%	100%
				<b>540.100</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 4: Clasificación de las personas por condición socioeconómica MIP – Octubre 2002**

Personas		Sin NBI	Con NBI	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	75,8%	24,2%	100%
	%col	40,1%	88,3%	46,2%
<b>Vulnerables</b>	%fila	96,0%	4,0%	100%
	%col	22,3%	6,3%	20,2%
<b>No pobres</b>	%fila	98,0%	2,0%	100%
	%col	37,7%	5,4%	33,6%
<b>Total</b>	%fila	87,3%	12,7%	100%
	%col	100%	100%	100%
				<b>489.000</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 5: Clima educativo por categoría socioeconómica – Octubre 2001**

Hogares		Nivel Bajo	Nivel Intermedio	Nivel Medio	Nivel Alto	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	14,8%	63,9%	18,7%	2,7%	100%
	%col	33,1%	33,4%	14,0%	4,5%	23,3%
<b>Vulnerables</b>	%fila	13,5%	51,9%	26,5%	8,1%	100%
	%col	16,3%	14,6%	10,7%	7,4%	12,6%
<b>No pobres</b>	%fila	8,2%	36,1%	36,6%	19,0%	100%
	%col	50,6%	52,0%	75,4%	88,1%	64,1%
<b>Total</b>	%fila	10,4%	44,6%	31,2%	13,8%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%	100%
						<b>172.000</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 6: Clima educativo por categoría socioeconómica – Octubre 2002**

Hogares		Nivel Bajo	Nivel Intermedio	Nivel Medio	Nivel Alto	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	12,8%	60,9%	23,4%	2,9%	100%
	%col	48,5%	50,7%	27,8%	8,5%	37,8%
<b>Vulnerables</b>	%fila	13,9%	46,6%	33,1%	6,3%	100%
	%col	32,0%	23,5%	23,9%	11,3%	22,9%
<b>No pobres</b>	%fila	4,9%	29,8%	38,9%	26,3%	100%
	%col	19,5%	25,8%	48,3%	80,2%	39,3%
<b>Total</b>	%fila	10,0%	45,4%	31,7%	12,9%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%	100%
						<b>167.600</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 7: Tamaño del hogar por categoría socioeconómica – Octubre 2001**

Hogares		1 o 2 personas	3 o 4 personas	5 o 6 personas	7 o más personas	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	22,5%	37,7%	30,5%	9,3%	100%
	%col	12,3%	23,2%	45,0%	70,1%	23,4%
<b>Vulnerables</b>	%fila	19,7%	53,5%	22,1%	4,7%	100%
	%col	5,8%	17,6%	17,5%	19,0%	12,5%
<b>No pobres</b>	%fila	54,9%	35,3%	9,3%	0,5%	100%
	%col	82,0%	59,2%	37,5%	10,9%	64,0%
<b>Total</b>	%fila	42,9%	38,1%	15,9%	3,1%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%	100%
						<b>172.300</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 8: Tamaño del hogar por categoría socioeconómica – Octubre 2002**

Hogares		1 o 2 personas	3 o 4 personas	5 o 6 personas	7 o más personas	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	29,6%	44,6%	19,6%	6,2%	100%
	%col	23,3%	45,1%	62,3%	79,9%	37,7%
<b>Vulnerables</b>	%fila	51,3%	39,8%	8,1%	0,8%	100%
	%col	24,5%	24,4%	15,6%	5,9%	22,9%
<b>No pobres</b>	%fila	63,5%	28,8%	6,6%	1,0%	100%
	%col	52,3%	30,5%	22,1%	14,1%	39,4%
<b>Total</b>	%fila	47,9%	37,3%	11,9%	2,9%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%	100%
						<b>167.900</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 9: Tasa de dependencia por categoría socioeconómica – Octubre 2001**

Hogares		1 a 2,99	3 a 4,99	5 o más	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	28,8%	40,8%	30,4%	100%
	%col	9,1%	27,6%	60,5%	19,4%
<b>Vulnerables</b>	%fila	33,4%	53,1%	13,4%	100%
	%col	7,3%	25,1%	18,6%	13,5%
<b>No pobres</b>	%fila	76,7%	20,2%	3,0%	100%
	%col	83,6%	47,3%	20,8%	67,1%
<b>Total</b>	%fila	61,6%	28,7%	9,8%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%
					<b>126.500</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 10: Tasa de dependencia por categoría socioeconómica – Octubre 2002**

Hogares		1 a 2,99	3 a 4,99	5 o más	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	37,0%	43,1%	19,9%	100%
	%col	21,4%	58,4%	79,9%	36,8%
<b>Vulnerables</b>	%fila	71,8%	23,9%	4,3%	100%
	%col	24,0%	18,7%	10,0%	21,2%
<b>No pobres</b>	%fila	83,0%	14,8%	2,2%	100%
	%col	54,6%	22,9%	10,1%	41,9%
<b>Total</b>	%fila	63,7%	27,2%	9,2%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%
					<b>122.700</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 11: Estructura etarea de la población por categoría socioeconómica – Octubre 2001**

Personas		0 a 14 años	15 a 59 años	60 años y más	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	36,0%	55,8%	8,1%	100%
	%col	45,3%	28,7%	15,5%	30,6%
<b>Vulnerables</b>	%fila	26,2%	59,5%	14,3%	100%
	%col	16,6%	15,4%	13,7%	15,4%
<b>No pobres</b>	%fila	17,2%	61,7%	21,1%	100%
	%col	38,1%	55,9%	70,8%	54,0%
<b>Total</b>	%fila	24,4%	59,6%	16,1%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%
					<b>540.100</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 12: Estructura etarea de la población por categoría socioeconómica – Octubre 2002**

Personas		0 a 14 años	15 a 59 años	60 años y más	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	32,8%	57,0%	10,2%	100%
	%col	59,9%	45,1%	28,9%	46,2%
<b>Vulnerables</b>	%fila	20,1%	60,8%	19,1%	100%
	%col	16,1%	21,1%	23,6%	20,2%
<b>No pobres</b>	%fila	18,1%	58,8%	23,2%	100%
	%col	24,0%	33,8%	47,5%	33,6%
<b>Total</b>	%fila	25,3%	58,4%	16,4%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%
					<b>489.000</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 13: Condición de actividad por categoría socioeconómica – Octubre 2001**

Personas		Ocup.	Subocup	Desocup.	Inactiv.	Total	Tasa de subocup.	Tasa de desocup.
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	10,2%	10,1%	20,5%	59%	100%		
	%col	11,4%	39,4%	59,1%	33,6%	30,6%	24,7%	50,3%
<b>Vulnerables</b>	%fila	21,9%	9,1%	9,0%	60%	100%		
	%col	12,3%	18,0%	13,1%	17,1%	15,4%	22,8%	22,6%
<b>No pobres</b>	%fila	38,9%	6,2%	5,5%	49%	100%		
	%col	76,3%	42,7%	27,8%	49,4%	54,0%	12,2%	10,8%
<b>Total</b>	%fila	27,5%	7,8%	10,6%	54%	100%		
	%col	100%	100%	100%	100%	100%	16,4%	22,8%
						<b>540.100</b>		

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 14: Condición de actividad por categoría socioeconómica – Octubre 2002**

Personas		Ocup.	Subocup	Desocup.	Inactiv.	Total	Tasa de subocup.	Tasa de desocup.
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	14,5%	12,2%	12,0%	61%	100%		
	%col	26,2%	55,8%	62,1%	51,1%	46,2%	31,5%	31,0%
<b>Vulnerables</b>	%fila	27,2%	11,4%	11,0%	50%	100%		
	%col	21,5%	22,9%	24,9%	18,4%	20,2%	23,0%	22,2%
<b>No pobres</b>	%fila	40,0%	6,4%	3,5%	50%	100%		
	%col	52,3%	21,4%	13,0%	30,5%	33,6%	12,9%	7,0%
<b>Total</b>	%fila	25,6%	10,1%	9,0%	55%	100%		
	%col	100%	100%	100%	100%	100%	21,5%	17,9%
						<b>489.000</b>		

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 15: Clasificación de los puestos de trabajo de la población ocupada**

Ocupados	Oct-01	Oct-02
<b>Formales</b>	43,8%	39,7%
<b>Informales</b>	46,7%	53,4%
<b>Servicio doméstico</b>	9,5%	6,9%
<b>Total</b>	100%	100%
<b>Total</b>	<b>186.100</b>	<b>206.400</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 16: Situación ocupacional de los trabajadores asalariados**

Asalariados	Oct-01	Oct-02
<b>No precarios</b>	59,0%	52,3%
<b>Precarios</b>	41,0%	47,7%
<b>Total</b>	100%	100%
<b>Total</b>	<b>152.300</b>	<b>159.100</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH



**CUADRO 17: Característica del puesto de trabajo por condición socioeconómica – Octubre 2001**

Ocupados		Formales	Informales	Servicio doméstico	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	26,0%	53,7%	20,4%	100%
	%col	10,2%	21,1%	34,6%	17,6%
<b>Vulnerables</b>	%fila	43,6%	47,5%	8,9%	100%
	%col	12,7%	13,8%	11,2%	13,0%
<b>No pobres</b>	%fila	49,8%	42,1%	8,1%	100%
	%col	77,1%	65,1%	54,2%	69,3%
<b>Total</b>	%fila	44,8%	44,9%	10,4%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%
					<b>162.300</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 18: Característica del puesto de trabajo por condición socioeconómica – Octubre 2002**

Ocupados		Formales	Informales	Servicio doméstico	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	33,4%	55,4%	11,1%	100%
	%col	27,2%	37,4%	51,9%	34,2%
<b>Vulnerables</b>	%fila	39,5%	53,2%	7,3%	100%
	%col	19,5%	21,8%	20,6%	20,8%
<b>No pobres</b>	%fila	49,7%	45,8%	4,5%	100%
	%col	53,3%	40,8%	27,5%	45,1%
<b>Total</b>	%fila	42,0%	50,6%	7,3%	100%
	%col	100%	100%	100%	100%
					<b>157.400</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 19: Situación ocupacional de los trabajadores asalariados por categoría socioeconómica – Octubre 2001**

Asalariados		No precarios	Precarios	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	23,1%	76,9%	100%
	%col	5,4%	26,9%	14,0%
<b>Vulnerables</b>	%fila	45,6%	54,4%	100%
	%col	11,1%	19,8%	14,6%
<b>No pobres</b>	%fila	70,2%	29,8%	100%
	%col	83,5%	53,2%	71,4%
<b>Total</b>	%fila	60,0%	40,0%	100%
	%col	100%	100%	100%
				<b>137.200</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 20: Situación ocupacional de los trabajadores asalariados por categoría socioeconómica – Octubre 2002**

Asalariados		No precarios	Precarios	Total
<b>Pobres e Indigentes</b>	%fila	29,0%	71,0%	100%
	%col	17,5%	51,3%	32,9%
<b>Vulnerables</b>	%fila	49,0%	51,0%	100%
	%col	20,9%	26,1%	23,3%
<b>No pobres</b>	%fila	76,4%	23,6%	100%
	%col	61,5%	22,7%	43,8%
<b>Total</b>	%fila	54,4%	45,6%	100%
	%col	100%	100%	100%
				<b>122.300</b>

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 21: Brechas de la Pobreza según condición de pobreza estructural de los hogares – Octubre 2001**

		Brechas de Indigencia	Brechas de Pobreza	Brechas de Vulnerabilidad
<b>Brechas Totales</b>	Total	\$ 1.954.800	\$ 9.373.500	\$ 21.080.500
	P/ Ad.Eq.	\$ 34,70	\$ 71,10	\$ 106,50
<b>Brechas de Hogares con NBI</b>	Total	\$ 651.300	\$ 2.704.500	\$ 5.072.600
	P/ Ad.Eq.	\$ 35,00	\$ 78,70	\$ 144,50
<b>Brechas de Hogares sin NBI</b>	Total	\$ 1.303.500	\$ 6.669.000	\$ 16.007.900
	P/ Ad.Eq.	\$ 34,50	\$ 68,40	\$ 98,30

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 22: Brechas de la Pobreza según condición de pobreza estructural de los hogares – Octubre 2002**

		Brechas de Indigencia	Brechas de Pobreza	Brechas de Vulnerabilidad
<b>Brechas Totales</b>	Total	\$ 3.433.800	\$ 17.643.100	\$ 40.893.800
	P/ Ad.Eq.	\$ 42,90	\$ 98,70	\$ 158,40
<b>Brechas de Hogares con NBI</b>	Total	\$ 1.075.200	\$ 5.215.800	\$ 9.765.600
	P/ Ad.Eq.	\$ 39,40	\$ 124,57	\$ 217,42
<b>Brechas de Hogares sin NBI</b>	Total	\$ 2.358.600	\$ 12.427.300	\$ 31.128.200
	P/ Ad.Eq.	\$ 44,80	\$ 90,70	\$ 146,00

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 23: Brechas de la Pobreza según condición de actividad del jefe de hogar – Octubre 2001**

		Brechas de Indigencia	Brechas de Pobreza	Brechas de Vulnerabilidad
<b>Jefe Ocupado Pleno</b>	Total	\$ 91.300	\$ 1.667.300	\$ 5.476.200
	P/ Ad.Eq.	\$ 25,80	\$ 45,50	\$ 76,10
<b>Jefe Subocupado</b>	Total	\$ 312.500	\$ 2.013.700	\$ 4.510.800
	P/ Ad.Eq.	\$ 21,90	\$ 68,80	\$ 110,60
<b>Jefe Desocupado</b>	Total	\$ 1.407.000	\$ 4.703.800	\$ 8.443.600
	P/ Ad.Eq.	\$ 41,80	\$ 93,60	\$ 147,80

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 24: Brechas de la Pobreza según condición de actividad del jefe de hogar – Octubre 2002**

		Brechas de Indigencia	Brechas de Pobreza	Brechas de Vulnerabilidad
<b>Jefe Ocupado Pleno</b>	Total	\$ 457.900	\$ 5.225.000	\$ 15.428.300
	P/ Ad.Eq.	\$ 25,50	\$ 73,60	\$ 129,50
<b>Jefe Subocupado</b>	Total	\$ 1.263.600	\$ 4.990.700	\$ 9.702.600
	P/ Ad.Eq.	\$ 49,60	\$ 121,90	\$ 190,10
<b>Jefe Desocupado</b>	Total	\$ 903.300	\$ 3.928.600	\$ 8.047.400
	P/ Ad.Eq.	\$ 44,80	\$ 118,30	\$ 198,10

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 25: Brechas de la Pobreza según situación ocupacional del jefe de hogar – Octubre 2001**

		Brechas de Indigencia	Brechas de Pobreza	Brechas de Vulnerabilidad
<b>Empleo No Precario</b>	Total	--	\$ 619.900	\$ 2.356.900
	P/ Ad.Eq.	--	\$ 43,70	\$ 74,50
<b>Empleo Precario</b>	Total	\$ 262.600	\$ 1.781.500	\$ 4.155.800
	P/ Ad.Eq.	\$ 26,00	\$ 64,20	\$ 101,60

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 26: Brechas de la Pobreza según situación ocupacional del jefe de hogar – Octubre 2002**

		Brechas de Indigencia	Brechas de Pobreza	Brechas de Vulnerabilidad
<b>Empleo No Precario</b>	Total	\$ 61.900	\$ 1.592.400	\$ 5.856.500
	P/ Ad.Eq.	\$ 13,20	\$ 56,00	\$ 112,10
<b>Empleo Precario</b>	Total	\$ 1.008.500	\$ 4.243.600	\$ 9.035.100
	P/ Ad.Eq.	\$ 43,60	\$ 109,50	\$ 175,70

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 27: Brechas de la Pobreza según característica del puesto de trabajo del jefe de hogar – Octubre 2001**

		Brechas de Indigencia	Brechas de Pobreza	Brechas de Vulnerabilidad
<b>Empleo en el Sector Formal</b>	Total	\$ 93.300	\$ 1.070.900	\$ 3.189.300
	P/ Ad.Eq.	\$ 21,50	\$ 54,60	\$ 86,30
<b>Empleo en el Sector Informal o en Servicio Doméstico</b>	Total	\$ 257.500	\$ 2.159.400	\$ 5.526.900
	P/ Ad.Eq.	\$ 21,30	\$ 56,00	\$ 89,00

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**CUADRO 28: Brechas de la Pobreza según característica del puesto de trabajo del jefe de hogar – Octubre 2002**

		<b>Brechas de Indigencia</b>	<b>Brechas de Pobreza</b>	<b>Brechas de Vulnerabilidad</b>
<b>Empleo en el Sector Formal</b>	Total	\$ 260.100	\$ 2.542.900	\$ 7.018.800
	P/ Ad.Eq.	\$ 22,00	\$ 79,20	\$ 136,00
<b>Empleo en el Sector Informal o en Servicio Doméstico</b>	Total	\$ 1.300.200	\$ 7.040.800	\$ 16.326.000
	P/ Ad.Eq.	\$ 45,30	\$ 98,20	\$ 155,20

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

## BIBLIOGRAFÍA

- Alegre P.; Lanari M. E.; López M. T. 2001. "Empleo en Mar del Plata: restricciones y oportunidades. Análisis del mercado de trabajo local en el contexto de la evolución nacional". Revista FACES N° 9. Fac Cs. Económicas y Sociales, UNMdP. Mar del Plata.
- ARPE (Análisis y Revisión de Políticas de Empleo). 2001. "Panamá: Trabajo decente y políticas de empleo. Desafíos y propuestas para la nueva década". Borrador para discusión. Elaborado en el equipo técnico multidisciplinario de OIT. San José Costa Rica.
- Atucha A.; López M. T.; Volpato G. 1998. "Mar del Plata, una ciudad a puro servicio?" en Revista del Consejo Profesional de Ciencias Económicas, delegación General Pueyrredon, Año 1, N° 4.
- Beccaria, Luis; López, Néstor. 1995. "Reconversión productiva y empleo en Argentina" en "Más allá de la estabilidad. Argentina en la época de la globalización y la regionalización". Pablo Bustos compilador. Fundación Fiedrich Ebert. Buenos Aires.
- Boltvinik J. "Conceptos y métodos para el estudio de la pobreza". En Comercio Exterior, vol. 53, num. 5, mayo de 2003.
- Castel R. 1997. "La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado". Primera edición. Editorial Piados. Buenos Aires.
- Doyal L.; Gough I. 1991. "A Theory of Human Need", MacMillan, Londres.
- Feres J.C.; Mancero X. 1999. "Enfoques para la medición de la pobreza. Breve revisión de la literatura". Cuarto Taller Regional *La medición de la pobreza: el método de las líneas de pobreza*. Buenos Aires, 16 al 19 de noviembre de 1999. MECOVI. BID. BIRD. INDEC. CEPAL.
- González M.; Lindenboim J.; Serino L. 2000. "La precariedad como forma de exclusión" en "Crisis y metamorfosis del mercado de trabajo". Javier Lindenboim compilador. CEPED. FCE. UBA. Buenos Aires.
- GrET (Grupo de Estudios del Trabajo, FCEyS, UNMdP). 2003. "Dinámica laboral del aglomerado Mar del Plata-Batán. Un análisis desde la perspectiva del Trabajo Decente". Ponencia presentada en el 6to Congreso Nacional de Estudios del Trabajo organizado por Aset.
- INDEC. 1984. "La pobreza urbana en la Argentina". Estudios INDEC. Buenos Aires.
- Jauretche A. 1974. "El medio pelo en la sociedad argentina; apuntes para una sociología nacional". 16 ed. Editorial Peña y Lillo. Buenos Aires.
- Kaztman R. 2000. "Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social", en BID-Banco Mundial-CEPAL-IDEC, 5º Taller Regional. La medición de la pobreza: métodos y aplicaciones. Santiago de Chile.

- Kliskberg, B. 1996. "El círculo perverso". En Revista Encrucijadas, Bs.As., Universidad de Buenos Aires.
- Lacabana M. 1992. "Trabajo y pobreza: la precariedad laboral en el mercado urbano" en "Sobrevivir en la pobreza: el fin de una ilusión". Centro de Estudios del Desarrollo. Ed. Nueva Sociedad. Caracas.
- Lacabana M.; Alegre P.; Baino D.; Gennero de Rearte A.; Lanari M. E.; López M. T.; Malamud C. 1997. "Mar del Plata en transición. Mercado de trabajo local y estrategias familiares". Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UNMdP/CGT. Mar del Plata.
- López M.T.; Alegre P. 2004. "Reflexiones metodológicas en la medición de la pobreza y análisis de su superación". En: "Trabajo Decente: diagnóstico y aportes para la medición del mercado laboral local. Mar del Plata 1996-2002". GrET, FCEyS, UNMdP. Mimeo.
- Lo Vuolo R.; Barbeito A.; Pautasi L.; Rodríguez C. 1999. "La pobreza...de la política contra la pobreza". Miño y Dávila Editores. Ciepp. Buenos Aires.
- Merklen D. 1999. "La cuestión social en el sur desde la perspectiva de la integración. Políticas sociales y acción colectiva en los barrios marginales del Río de la Plata". Centro de Documentación en Políticas Sociales. Documento num. 20. Secretaría de Promoción Social. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. [En línea] [www.buenosaires.gov.ar](http://www.buenosaires.gov.ar). Consulta: 14/01/05.
- Palma D. 1987. "La informalidad, lo popular y el cambio social". DESCO. Centro de Estudios y Programación del Desarrollo. Lima.
- Palomino H. 2003. "Pobreza y desempleo en la Argentina. Problemática de una nueva configuración social". Centro de Estudios de la Situación y Perspectivas de la Argentina. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. [En línea] <http://www.econ.uba.ar/cespa.htm>. Consulta:10/06/04.
- Pérez Sáinz J. P. 1991. "Informalidad urbana en América Latina. Enfoques, problemáticas e interrogantes ". FLACSO. Ed. Nueva Sociedad. Guatemala.
- Sen A. 1979. "Issues in the Measurement of Poverty". Scandinavian Journal of Economics, vol. 81.
- Sen A. 1983. "Pobre en términos relativos". En Oxford Economic Papers, num. 35, julio de 1983. Reproducido en Comercio Exterior, vol. 53, num. 5, julio de 2003.
- Sen A. 1992. "Sobre conceptos y medidas de pobreza". En Comercio Exterior, vol. 42, num. 4, México, abril de 1992.
- Sen A.; Foster J. 1997. "Space, Capability and Inequality", en Sen A., "On Economic Inequality", Clarendon Press, Oxford. Extractado en "Espacio, capacidad y desigualdad", Comercio Exterior, vol. 53, num. 5, mayo de 2003.
- Somavía, J. 2001. "Reducir el Déficit de Trabajo Decente: un desafío global". Memoria del Director a la 89ª Conferencia Internacional del Trabajo. OIT, Ginebra.

- Spicker P. 1993. "Poverty and Social Security". Routledge, London.
- Townsend P. 1985. "A Sociological Approach to the Measurement of Poverty: A Rejoinder to Professor Amartya Sen". Oxford Economic Papers num. 37.
- Townsend P. 1993. "Conceptualising Poverty", The International Analysis of Poverty, Harvester Wheatsheaf, Londres. Extractado en "La conceptualización de la pobreza", Comercio Exterior, vol. 53, num. 5, mayo de 2003.
- Vinocur P. 1998. "Exclusión y pobreza. Derechos y oportunidades perdidas de los niños" En: Hoy y mañana: salud y calidad de vida para la niñez argentina. CESNI.
- Wallerstein I. 1997. "La reestructuración capitalista y el sistema mundo". [En línea] <http://fbc.binghamton.edu/iwlameri.htm>. Consulta: 20/08/04.